



H. P. Lovecraft

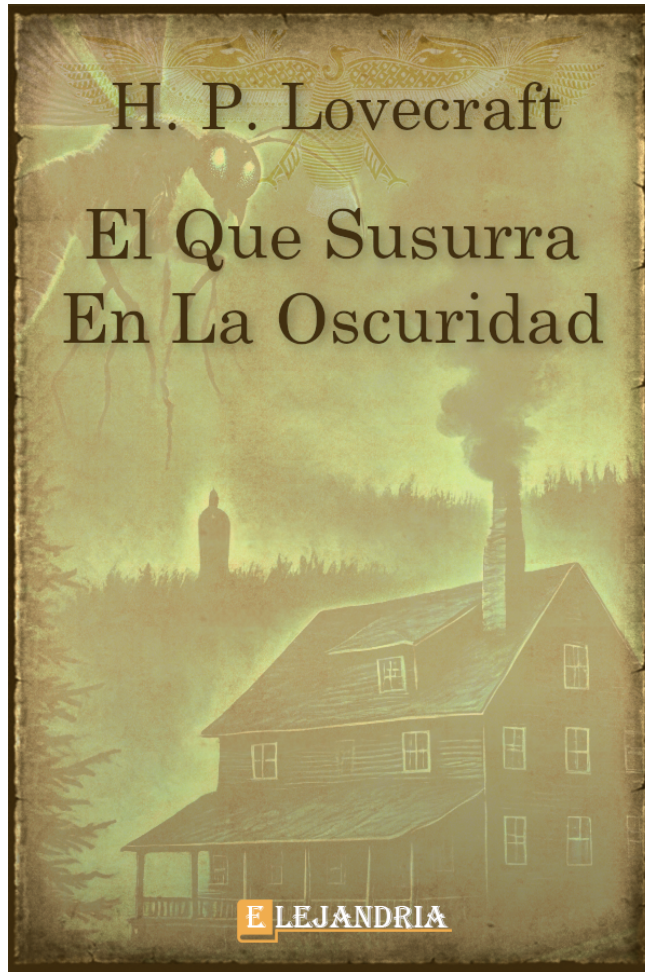
El Que Susurra
En La Oscuridad



E LEJANDRIA

H. P. Lovecraft

El Que Susurra
En La Oscuridad



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL QUE SUSURRA EN LA OSCURIDAD

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1931
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL QUE SUSURRA EN LA OSCURIDAD

H. P. LOVECRAFT

CAPÍTULO 1

Recuerda bien que no vi ningún horror visual real al final. Decir que un choque mental fue la causa de lo que deduje—esa última gota que me hizo correr fuera de la solitaria granja Akeley y a través de las salvajes colinas abovedadas de Vermont en un automóvil secuestrado de noche—es ignorar los hechos más evidentes de mi experiencia final. A pesar de las cosas profundas que vi y oí, y la admitida viveza con que estas cosas me impresionaron, ni siquiera ahora puedo probar si tenía razón o estaba equivocado en mi inferencia horrible. Después de todo, la desaparición de Akeley no establece nada. La gente no encontró nada extraño en su casa a pesar de las marcas de balas por fuera y por dentro. Era como si hubiera salido casualmente a pasear por las colinas y no hubiera

regresado. Ni siquiera había señales de que un huésped hubiera estado allí, o que esos horribles cilindros y máquinas hubieran sido almacenados en el estudio. Que él temiera mortalmente las colinas verdes y llenas de gente y el interminable murmullo de arroyos entre los cuales nació y fue criado, tampoco significa nada; porque miles están sujetos a miedos tan mórbidos. La excentricidad, además, podría fácilmente explicar sus extraños actos y aprensiones hacia el final.

Todo el asunto comenzó, en lo que a mí respecta, con las históricas e inéditas inundaciones de Vermont del 3 de noviembre de 1927. En ese entonces, como ahora, era instructor de literatura en la Universidad Miskatonic en Arkham, Massachusetts, y un entusiasta estudiante amateur del folclore de Nueva Inglaterra. Poco después de la inundación, en medio de los variados informes de dificultades, sufrimientos y ayuda organizada que llenaban la prensa, aparecieron ciertas historias extrañas de cosas encontradas flotando en algunos de los ríos hinchados; de modo que muchos de mis amigos iniciaron discusiones curiosas y me solicitaron que arrojara algo de luz sobre el tema. Me sentí halagado de que mi estudio del folclore fuera tomado tan en serio, y hice lo que pude para menospreciar los cuentos salvajes y vagos que parecían claramente un derivado de viejas supersticiones rústicas. Me divertía encontrar varias personas educadas que insistían en que algún estrato de hechos oscuros y distorsionados podría estar detrás de los rumores.

Los relatos que me trajeron a mi conocimiento provenían mayormente de recortes de periódicos; aunque una anécdota tenía una fuente oral y fue repetida a un amigo mío en una carta de su madre en Hardwick, Vermont. El tipo de cosas descritas era esencialmente el mismo en todos los casos, aunque parecía haber tres instancias separadas involucradas: una relacionada con el río Winooski cerca de Montpelier, otra vinculada al río West en el condado de Windham más allá de Newfane, y una tercera centrada en el Passumpsic en el condado de Caledonia, arriba de Lyndonville. Por supuesto, muchos de los elementos dispersos mencionaban otros casos, pero al analizarlos todos parecían reducirse a estos tres.

En cada caso, los campesinos informaron haber visto uno o más objetos muy bizarros y perturbadores en las aguas turbulentas que bajaban de las colinas poco frecuentadas, y había una tendencia generalizada a conectar estas vistas con un ciclo primitivo, medio olvidado de leyenda susurrada que la gente mayor resucitaba para la ocasión.

Lo que la gente pensaba que vio eran formas orgánicas no muy parecidas a ninguna que hubieran visto antes. Naturalmente, había muchos cuerpos humanos arrastrados por los arroyos en ese trágico período; pero quienes describieron estas extrañas formas estaban bastante seguros de que no eran humanas, a pesar de algunas semejanzas superficiales en tamaño y contorno general. Tampoco, dijeron los testigos, podían haber sido cualquier tipo de animal conocido en Vermont. Eran cosas de color rosado de unos cinco pies de largo; con cuerpos crustáceos que portaban vastas parejas de aletas dorsales o alas membranosas y varios conjuntos de extremidades articuladas, y con una especie de elipsoide convoluto, cubierto de multitud de antenas muy cortas, donde normalmente estaría una cabeza. Era realmente notable lo de cerca que coincidían los informes de diferentes fuentes; aunque la maravilla se reducía por el hecho de que las viejas leyendas, compartidas en algún momento por todo el país de las colinas, proporcionaban una imagen vívidamente mórbida que bien podría haber coloreado la imaginación de todos los testigos involucrados. Concluí que tales testigos—en cada caso gente rústica ingenua y sencilla—habían vislumbrado los cuerpos golpeados y hinchados de seres humanos o animales de granja en las corrientes turbulentas; y habían permitido que el folclore medio recordado invirtiera estos objetos pitiful con atributos fantásticos.

El antiguo folclore, aunque nublado, evasivo y en gran parte olvidado por la generación actual, era de un carácter altamente singular, y reflejaba evidentemente la influencia de cuentos indígenas aún más antiguos. Lo conocía bien, aunque nunca había estado en Vermont, a través de la extremadamente rara monografía de Eli Davenport, que abarca material obtenido oralmente antes de

1839 entre las personas más antiguas del estado. Este material, además, coincidía estrechamente con cuentos que personalmente había escuchado de ancianos rústicos en las montañas de New Hampshire. Resumido brevemente, insinuaba una raza oculta de seres monstruosos que merodeaban en algún lugar entre las colinas más remotas—en los bosques profundos de los picos más altos, y en los valles oscuros donde los arroyos fluyen de fuentes desconocidas. Estos seres eran raramente vislumbrados, pero se reportaban evidencias de su presencia por aquellos que habían aventurado más de lo habitual por las laderas de ciertas montañas o en ciertos cañones profundos y de lados empinados que incluso los lobos evitaban.

Había huellas extrañas o huellas de garras en el barro de las orillas de los arroyos y parches estériles, y círculos curiosos de piedras, con la hierba alrededor desgastada, que no parecían haber sido colocados o completamente moldeados por la Naturaleza. También había ciertas cuevas de profundidad problemáticas en los lados de las colinas; con bocas cerradas por rocas de manera apenas accidental, y con más que una cuota promedio de las huellas extrañas que conducían tanto hacia ellas como alejándose de ellas—si es que la dirección de estas huellas podía ser justamente estimada. Y lo peor de todo, estaban las cosas que la gente aventurera había visto muy raramente en el crepúsculo de los valles más remotos y los densos bosques perpendiculares más allá de los límites de la escalada normal de colinas.

Habría sido menos incómodo si los relatos dispersos de estas cosas no hubieran coincidido tan bien. En su estado actual, casi todos los rumores tenían varios puntos en común; afirmando que las criaturas eran una especie de cangrejo enorme de color rojo claro con muchas parejas de patas y con dos grandes alas similares a las de un murciélago en el medio de la espalda. A veces caminaban sobre todas sus patas, y otras veces sólo sobre el par trasero, usando las otras para transportar grandes objetos de naturaleza indeterminada. En una ocasión fueron avistados en números considerables, un destacamento de ellos vadearon a lo largo de un

curso de agua bosqueada poco profunda, tres al ancho en evidentemente disciplinada formación. Una vez se vio un espécimen volando—lanzándose desde la cima de una colina calva y solitaria de noche y desapareciendo en el cielo después de que sus grandes alas batientes habían sido silueteadas un instante contra la luna llena.

Estas cosas parecían contentarse, en general, con dejar a la humanidad en paz; aunque a veces se les culpaba de la desaparición de individuos aventureros—especialmente personas que construían casas demasiado cerca de ciertos valles o demasiado alto en ciertas montañas. Muchas localidades llegaron a ser conocidas como inadvisables para asentarse, la sensación persistiendo mucho después de que la causa fuera olvidada. La gente miraba hacia arriba a algunos de los precipicios montañosos vecinos con escalofríos, incluso sin recordar cuántos colonos habían sido perdidos y cuántas granjas se habían quemado hasta las cenizas en las laderas inferiores de esos austeros, verdes centinelas.

Pero mientras que según las leyendas más antiguas las criaturas parecerían haber dañado sólo a aquellos que invadían su privacidad; había relatos posteriores de su curiosidad respecto a los hombres, y de sus intentos de establecer puestos de avanzada secretos en el mundo humano. Había historias de huellas de garras extrañas vistas alrededor de las ventanas de las granjas en la mañana, y de desapariciones ocasionales en regiones fuera de las áreas obviamente embrujadas. Además, había relatos de voces zumbantes imitando el habla humana que hacían ofertas sorprendentes a viajeros solitarios en caminos y senderos en los bosques profundos, y de niños asustados de muerte por cosas vistas u oídas donde el bosque primigenio presionaba cerca de sus patios. En la capa final de leyendas—la capa que precede al declive de la superstición y al abandono del contacto cercano con los lugares temidos—hay referencias sorprendidas a ermitaños y agricultores remotos que en algún período de la vida parecían haber experimentado un cambio mental repulsivo, y que eran evitados y susurrados como mortales que se habían vendido a los extraños seres. En uno de los condados del noreste parecía ser una moda alrededor de 1800 acusar a

reclusos excéntricos y poco populares de ser aliados o representantes de las cosas aborrecidas.

En cuanto a lo que eran las cosas—las explicaciones variaban naturalmente. El nombre común aplicado a ellas era "esos", o "los viejos", aunque otros términos tenían un uso local y transitorio. Quizás la mayoría de los colonos puritanos las catalogaron de manera directa como familiares del diablo, y las convirtieron en una base de especulación teológica temerosa. Aquellos con tradición de leyendas celtas en su herencia—principalmente el elemento escocés-irlandés de New Hampshire, y sus parientes que se habían asentado en Vermont con las concesiones coloniales del gobernador Wentworth—las vinculaban vagamente con las hadas malignas y los "pequeños seres" de los pantanos y raths, y se protegían con restos de encantamientos transmitidos a través de muchas generaciones. Pero los indios tenían las teorías más fantásticas de todas. Aunque las diferentes leyendas tribales diferían, había un marcado consenso de creencia en ciertos detalles vitales; estando unánimemente de acuerdo en que las criaturas no eran nativas de esta tierra.

Los mitos de los Pennacook, que eran los más consistentes y pintorescos, enseñaban que los Seres Alados venían del Gran Oso en el cielo, y tenían minas en nuestras colinas terrenales de donde extraían una especie de piedra que no podían obtener en ningún otro mundo. No vivían aquí, decían los mitos, sino que simplemente mantenían puestos de avanzada y volvían con vastas cargas de piedra a sus propias estrellas en el norte. Solo dañaban a los habitantes de la tierra que se acercaban demasiado o los espiaban. Los animales los evitaban por odio instintivo, no por ser cazados. No podían comer las cosas y animales de la tierra, sino que traían su propia comida de las estrellas. Era malo acercarse a ellos, y a veces jóvenes cazadores que entraban en sus colinas nunca regresaban. Tampoco era bueno escuchar lo que susurraban por la noche en el bosque con voces como las de una abeja que intentaba imitar las voces de los hombres. Conocían el habla de todo tipo de hombres—Pennacooks, hurones, hombres de las Cinco Naciones—pero no parecían tener ni necesitar ningún habla propia. Hablaban con sus

cabezas, las cuales cambiaban de color de diferentes maneras para significar diferentes cosas.

Toda la leyenda, por supuesto, tanto blanca como india, decayó durante el siglo XIX, excepto por esporádicos brotes atavísticos. Las costumbres de los vermonteros se asentaron; y una vez que sus caminos y viviendas habituales se establecieron según un cierto plan fijo, recordaban cada vez menos qué miedos y evitaciones habían determinado ese plan, e incluso que hubiera habido miedos o evitaciones. La mayoría de la gente simplemente sabía que ciertas regiones montañosas eran consideradas altamente insalubres, no rentables y generalmente de mala suerte para vivir, y que cuanto más lejos uno se mantenía de ellas, mejor estaba generalmente. Con el tiempo, las rutinas de costumbre e interés económico se hicieron tan profundamente arraigadas en lugares aprobados que ya no había razón para salirse de ellas, y las colinas embrujadas quedaron desiertas por accidente más que por diseño. Salvo durante sustos locales infrecuentes, solo abuelas amantes del asombro y nonagenarios retrospectivos susurraban alguna vez sobre seres que habitaban esas colinas; e incluso tales susurros admitían que no había mucho que temer de esas cosas ahora que estaban acostumbrados a la presencia de casas y asentamientos, y ahora que los seres humanos dejaban su territorio elegido severamente en paz.

Todo esto lo había sabido durante mucho tiempo por mis lecturas, y por ciertos cuentos populares recogidos en New Hampshire; por lo tanto, cuando comenzaron a aparecer los rumores de la época de la inundación, podía adivinar fácilmente qué trasfondo imaginativo los había evolucionado. Me esforcé mucho por explicar esto a mis amigos, y me divertí correspondientemente cuando varias almas contenciosas continuaron insistiendo en un posible elemento de verdad en los informes. Tales personas intentaban señalar que las leyendas tempranas tenían una persistencia y uniformidad significativas, y que la naturaleza prácticamente inexplorada de las colinas de Vermont hacía imprudente ser dogmático sobre lo que podría o no habitar entre ellas; ni podían ser silenciados por mi

aseguramiento de que todos los mitos eran de un patrón bien conocido común a la mayoría de la humanidad y determinados por fases tempranas de experiencia imaginativa que siempre producían el mismo tipo de ilusión.

No servía de nada demostrar a tales oponentes que los mitos de Vermont diferían poco en esencia de aquellas leyendas universales de personificación natural que llenaron el mundo antiguo de faunos, dríadas y sátiros, sugirieron a los kallikanzarai de la Grecia moderna, y dieron a la salvaje Gales e Irlanda sus oscuros indicios de razas extrañas, pequeñas y terribles ocultas de trogloditas y excavadores. Tampoco servía de nada señalar la creencia aún más sorprendentemente similar de las tribus montañosas nepalesas en los temidos Mi-Go o "Hombres de Nieve Abominables" que merodean de forma horrible entre las pinnas de hielo y roca de los picos himalayos. Cuando presenté esta evidencia, mis oponentes la usaron en mi contra, afirmando que debía implicar cierta historicidad real para los cuentos antiguos; que debía argumentar la existencia real de alguna extraña raza terrestre ancestral, forzada a esconderse tras la llegada y dominio de la humanidad, que muy posiblemente podría haber sobrevivido en números reducidos hasta tiempos relativamente recientes—o incluso hasta el presente.

Cuanto más me reía de tales teorías, más estos amigos obstinados las afirmaban; añadiendo que incluso sin la herencia de la leyenda, los informes recientes eran demasiado claros, consistentes, detallados y de manera sanamente prosaica en su narración, para ser completamente ignorados. Dos o tres extremistas fanáticos llegaron a insinuar significados posibles en los antiguos cuentos indios que daban a los seres ocultos un origen no terrestre; citando los extravagantes libros de Charles Fort con sus afirmaciones de que viajeros de otros mundos y del espacio exterior han visitado a menudo la tierra. La mayoría de mis enemigos, sin embargo, eran meramente romancistas que insistían en intentar transferir a la vida real el fantástico folclore de los "pequeños seres" al acecho popularizado por la magnífica ficción de horror de Arthur Machen.

CAPÍTULO 2

Como era natural dadas las circunstancias, este animado debate finalmente se publicó en forma de cartas al Arkham Advertiser , algunas de las cuales fueron copiadas en la prensa de aquellas regiones de Vermont de donde provenían las historias de inundaciones. El Rutland Herald dedicó media página a extractos de las cartas en ambos lados, mientras que el Brattleboro Reformer reimprimió una de mis largas resúmenes históricos y mitológicos en su totalidad, con algunos comentarios acompañantes en la columna reflexiva de " The Pendrifter " que apoyaban y aplaudían mis conclusiones escépticas. Para la primavera de 1928, ya era una figura casi conocida en Vermont, a pesar de que nunca había puesto un pie en el estado. Entonces llegaron las desafiantes cartas de Henry Akeley que me impresionaron profundamente y que me llevaron por primera y última vez a ese fascinante reino de precipicios verdes y bosques murmurantes.

La mayor parte de lo que sé de Henry Wentworth Akeley lo reuní mediante correspondencia con sus vecinos y con su único hijo en California, después de mi experiencia en su solitaria granja. Descubrí que él era el último representante en su tierra natal de una larga y localmente distinguida línea de juristas, administradores y caballeros agricultores. Sin embargo, en él, la familia mentalmente se había desviado de los asuntos prácticos hacia la pura erudición; de modo que había sido un notable estudiante de matemáticas, astronomía, biología, antropología y folclore en la Universidad de Vermont. Nunca había oído hablar de él antes, y no proporcionó muchos detalles autobiográficos en sus comunicaciones; pero desde el principio vi que era un hombre de carácter, educación e inteligencia, aunque un recluso con muy poca sofisticación mundana.

A pesar de la naturaleza increíble de lo que afirmaba, no pude evitar tomar a Akeley más en serio de lo que había tomado a cualquiera de los otros desafiantes de mis opiniones. Por un lado, él estaba realmente cerca de los fenómenos reales—visibles y tangibles—sobre los que especulaba de manera tan grotesca; y por otro lado, estaba asombrosamente dispuesto a dejar sus conclusiones en un estado tentativo como un verdadero hombre de ciencia. No tenía preferencias personales que promover y siempre se guiaba por lo que consideraba evidencia sólida. Por supuesto, comencé considerándolo equivocado, pero le di crédito por estar inteligentemente equivocado; y en ningún momento emulé a algunos de sus amigos al atribuir sus ideas y su miedo a las colinas verdes solitarias a la locura. Podía ver que había mucho en el hombre y sabía que lo que reportaba debía seguramente provenir de una circunstancia extraña que merecía investigación, por mínima que pudiera ser su relación con las causas fantásticas que asignaba. Más tarde, recibí de él ciertas pruebas materiales que colocaron el asunto en una base algo diferente y desconcertantemente bizarra.

No puedo hacer mejor que transcribir en su totalidad, en la medida de lo posible, la larga carta en la que Akeley se presentó y que constituyó un hito tan importante en mi propia historia intelectual. Ya no está en mi posesión, pero mi memoria retiene casi cada palabra de su portentoso mensaje; y nuevamente afirmo mi confianza en la cordura del hombre que la escribió. Aquí está el texto, un texto que me llegó en la letra apretada y de aspecto arcaico de alguien que obviamente no había mezclado mucho con el mundo durante su vida sobria y académica.

R.F.D. #2,
Townshend, Windham Co., Vermont.
5 de mayo de 1928

Albert N. Wilmarth, Esq.,
118 Saltonstall St.,

Arkham, Mass.

Mi querido señor:—

He leído con gran interés la reimpresión del Brattleboro Reformer (23 de abril de 1928) de su carta sobre las recientes historias de cuerpos extraños vistos flotando en nuestros ríos inundados el otoño pasado, y sobre el curioso folclore con el que tan bien coinciden. Es fácil ver por qué un forastero adoptaría la posición que usted toma, e incluso por qué "Pendrifter" está de acuerdo con usted. Esa es la actitud generalmente adoptada por personas educadas tanto dentro como fuera de Vermont, y fue mi propia actitud cuando era joven (ahora tengo 57 años) antes de que mis estudios, tanto generales como en el libro de Davenport, me llevaran a explorar partes de las colinas de estos alrededores que no suelen ser visitadas.

Fui dirigido hacia tales estudios por los extraños cuentos antiguos que solía escuchar de agricultores ancianos de tipo más ignorante, pero ahora desearía haber dejado todo el asunto en paz. Podría decir, con toda la modestia apropiada, que el tema de la antropología y el folclore no me es en absoluto desconocido. Estudié bastante en la universidad y estoy familiarizado con la mayoría de las autoridades estándar como Tylor, Lubbock, Frazer, Quatrefages, Murray, Osborn, Keith, Boule, G. Elliott Smith, y otros. No es una novedad para mí que los cuentos de razas ocultas sean tan antiguos como toda la humanidad. He visto las reimpressiones de cartas suyas, y de aquellos que están de acuerdo con usted, en el Rutland Herald, y supongo que sé dónde se encuentra su controversia en la actualidad.

Lo que deseo decir ahora es que temo que sus adversarios estén más cerca de la verdad que usted, aunque toda la razón parezca estar de su lado. Están más cerca de la verdad de lo que se dan cuenta—porque, por supuesto, solo se basan en teorías y no pueden saber lo que yo sé. Si supiera tan poco del asunto como ellos, me sentiría justificado en creer como ellos. Estaría completamente de su lado.

Puede ver que me está costando llegar al punto, probablemente porque realmente temo llegar al punto; pero la conclusión del asunto es que tengo cierta evidencia de que cosas monstruosas viven de hecho en los bosques de las colinas altas que nadie visita. No he visto ninguno de los cuerpos flotando en los ríos, como se informó, pero he visto cosas similares bajo circunstancias que temo repetir. He visto huellas, y últimamente las he visto más cerca de mi propia casa (vivo en la antigua casa de Akeley al sur de Townshend Village, al lado de Dark Mountain) de lo que me atrevo a decirle ahora. Y he escuchado voces en los bosques en ciertos puntos que ni siquiera empezaré a describir por escrito.

En un lugar las escuché tanto que llevé un fonógrafo con un accesorio de dictáfono y un disco en blanco, y trataré de organizar para que escuche la grabación que obtuve. La he reproducido en la máquina para algunas de las personas mayores aquí, y una de las voces casi las asustó paralizándolas debido a su semejanza con una cierta voz (esa voz zumbante en los bosques que menciona Davenport) que sus abuelas les han contado y mimetizado. Sé lo que la mayoría de la gente piensa de un hombre que habla de "escuchar voces", pero antes de que saque conclusiones, simplemente escuche esta grabación y pregunte a algunas de las personas mayores del campo qué piensan al respecto. Si puede explicarlo normalmente, muy bien; pero debe haber algo detrás de ello. Ex nihilo nihil fit , como dice.

Ahora, mi objetivo al escribirle no es iniciar una discusión, sino darle información que creo que un hombre de sus gustos encontrará profundamente interesante. Esto es privado. Públicamente estoy de su lado, pues ciertas cosas me muestran que no es conveniente que la gente sepa demasiado sobre estos asuntos. Mis propios estudios son ahora totalmente privados, y no pensaría en decir nada que atraiga la atención de la gente y los lleve a visitar los lugares que he explorado. Es cierto—terriblemente cierto—que hay criaturas no humanas que nos observan todo el tiempo; con espías entre nosotros recopilando información. Es de un hombre miserable que, si estaba cuerdo (como creo que lo estaba), era uno de esos espías, de

quien obtuve gran parte de mis pistas sobre el asunto. Más tarde se suicidó, pero tengo razones para pensar que ahora hay otros.

Las cosas vienen de otro planeta, siendo capaces de vivir en el espacio interestelar y volar a través de él con alas torpes y poderosas que tienen una forma de resistir el éter pero que son demasiado pobres para maniobrar y no les son de mucha utilidad para moverse en la tierra. Le contaré sobre esto más tarde si no me descarta de inmediato como un lunático. Vienen aquí para obtener metales de minas que van profundas bajo las colinas, y creo saber de dónde vienen. No nos harán daño si los dejamos en paz, pero nadie puede decir qué sucederá si nos volvemos demasiado curiosos sobre ellos. Por supuesto, un buen ejército de hombres podría eliminar su colonia minera. Eso es lo que temen. Pero si eso sucediera, vendrían más desde el exterior—cualquier número de ellos. Podrían conquistar la tierra fácilmente, pero no lo han intentado hasta ahora porque no lo han necesitado. Prefieren dejar las cosas como están para evitar molestias.

Creo que quieren deshacerse de mí debido a lo que he descubierto. Hay una gran piedra negra con jeroglíficos desconocidos medio desgastados que encontré en los bosques de Round Hill, al este de aquí; y después de llevarla a casa, todo se volvió diferente. Si piensan que sospecho demasiado, me matarán o me llevarán fuera de la tierra a donde vienen. Les gusta quitarse a los hombres de aprendizaje de vez en cuando, para mantener informados sobre el estado de las cosas en el mundo humano.

Esto me lleva a mi propósito secundario al dirigirme a usted—es decir, instarle a callar el debate actual en lugar de darle más publicidad. Se debe mantener a la gente alejada de estas colinas, y para lograr esto, su curiosidad no debe ser más despertada. Dios sabe que ya hay suficiente peligro de por sí, con promotores y agentes inmobiliarios inundando Vermont con rebaños de gente de verano para invadir los lugares salvajes y cubrir las colinas con cabañas baratas.

Daré la bienvenida a futuras comunicaciones con usted y trataré de enviarle esa grabación de fonógrafo y la piedra negra (que está tan desgastada que las fotografías no muestran mucho) por correo exprés si está dispuesto. Digo "trataré" porque creo que esas criaturas tienen una forma de manipular las cosas por aquí. Hay un tipo hosco y furtivo llamado Brown, en una granja cerca del pueblo, que creo que es su espía. Poco a poco están tratando de cortarme del nuestro mundo porque sé demasiado sobre su mundo.

Tienen la forma más asombrosa de averiguar lo que hago. Es posible que ni siquiera reciba esta carta. Creo que tendré que dejar esta parte del país y vivir con mi hijo en San Diego, California, si las cosas empeoran, pero no es fácil renunciar al lugar donde naciste y donde tu familia ha vivido durante seis generaciones. Además, casi no me atrevería a vender esta casa a nadie ahora que las criaturas se han dado cuenta de ella. Parecen estar intentando recuperar la piedra negra y destruir la grabación del fonógrafo, pero no los dejaré si puedo evitarlo. Mis grandes perros policía siempre los detienen, pues todavía hay muy pocos aquí, y son torpes para moverse. Como he dicho, sus alas no son muy útiles para vuelos cortos en la tierra. Estoy al borde de descifrar esa piedra—incluso de una manera muy terrible—y con su conocimiento del folclore, quizás pueda proporcionar los enlaces faltantes suficientes para ayudarme. Supongo que sabe todo sobre los miedosos mitos que anteceden la llegada del hombre a la tierra—los ciclos de Yog-Sothoth y Cthulhu—que se insinúan en el Necronomicon . Tuve acceso a una copia de ese libro una vez, y escuché que tiene una en la biblioteca de su universidad bajo llave.

Para concluir, señor Wilmarth, creo que con nuestros respectivos estudios podemos ser muy útiles el uno al otro. No deseo ponerlo en peligro, y supongo que debo advertirle que la posesión de la piedra y la grabación no será muy segura; pero creo que encontrará que cualquier riesgo vale la pena por el bien del conocimiento. Conduciré hasta Newfane o Brattleboro para enviar lo que usted autorice, pues las oficinas exprés allí son más confiables. Podría decir que vivo bastante solo ahora, ya que no puedo mantener ayuda contratada

más. No se quedan debido a las cosas que intentan acercarse a la casa por la noche, y que mantienen a los perros ladrando continuamente. Me alegra no haberme adentrado tanto en el asunto mientras mi esposa estaba viva, pues lo habría vuelto loca.

Esperando no molestarle indebidamente y que decida ponerse en contacto conmigo en lugar de tirar esta carta a la papelera como el delirio de un lunático, me despido.

Atentamente,

Henry W. Akeley

P.D. Estoy haciendo algunas impresiones adicionales de ciertas fotografías tomadas por mí, que creo que ayudarán a probar varios de los puntos que he mencionado. La gente mayor piensa que son monstruosamente ciertas. Se las enviaré muy pronto si está interesado.

H. W. A.

Sería difícil describir mis sentimientos al leer este extraño documento por primera vez. Según todas las reglas ordinarias, debería haberme reído más fuerte de estas extravagancias que de las teorías mucho más suaves que previamente me habían hecho reír; sin embargo, algo en el tono de la carta me hizo tomarla con una seriedad paradójica. No es que creyera ni por un momento en la raza oculta de las estrellas de la que hablaba mi corresponsal; pero que, después de algunas graves dudas preliminares, llegué a sentirme extrañamente seguro de su cordura y sinceridad, y de su confrontación con algún fenómeno genuino aunque singular y anormal que no podía explicar excepto de esta manera imaginativa. No podía ser como él lo pensaba, reflexioné, pero por otro lado, no podía ser de otra manera que mereciera investigación. El hombre parecía excesivamente excitado y alarmado por algo, pero era difícil pensar que faltara toda causa. Era tan específico y lógico en ciertos aspectos—y después de todo, su relato encajaba de manera tan desconcertantemente bien con algunos de los antiguos mitos—incluso con las leyendas indígenas más salvajes.

Que realmente hubiera escuchado voces perturbadoras en las colinas y realmente hubiera encontrado la piedra negra de la que hablaba, era completamente posible a pesar de las inferencias locas que había hecho—inferencias probablemente sugeridas por el hombre que había afirmado ser un espía de los seres exteriores y que luego se suicidó. Era fácil deducir que este hombre debía haber estado totalmente loco, pero que probablemente tenía una racha de lógica externa perversa que hizo que el ingenuo Akeley—ya preparado para tales cosas por sus estudios de folclore—creyera su relato. En cuanto a los últimos desarrollos—parecía por su incapacidad para mantener ayuda contratada que los vecinos rústicos más humildes de Akeley estaban tan convencidos como él de que su casa estaba asediada por cosas inquietantes por la noche. Los perros realmente ladraban, también.

Y luego el asunto de esa grabación de fonógrafo, que no podía evitar creer que la había obtenido de la manera que él decía. Debe significar algo; ya sean ruidos animales que imitan engañosamente el habla humana, o el habla de algún ser humano oculto que ronda de noche y que ha decaído a un estado no muy superior al de los animales inferiores. De esto mis pensamientos regresaron a la piedra negra con jeroglíficos, y a especulaciones sobre lo que podría significar. Luego, también, ¿qué pasa con las fotografías que Akeley dijo que estaba a punto de enviar, y que la gente mayor había encontrado tan convincentemente terribles?

Al releer la letra apretada, sentí como nunca antes que mis oponentes crédulos podrían tener más a su favor de lo que había concedido. Después de todo, podría haber algunos marginados extraños y quizás heredariamente deformes en esas colinas evitadas, aunque no exista tal raza de monstruos nacidos de las estrellas como el folclore afirmaba. Y si los hubiera, entonces la presencia de cuerpos extraños en los ríos inundados no estaría completamente más allá de la creencia. ¿Era demasiado presuntuoso suponer que tanto las viejas leyendas como los informes recientes tenían esta cantidad de realidad detrás? Pero incluso mientras albergaba estas

dudas, me avergoncé de que una pieza tan fantástica de rareza como la loca carta de Henry Akeley las hubiera despertado.

Al final, respondí a la carta de Akeley, adoptando un tono de interés amistoso y solicitando más detalles. Su respuesta llegó casi por correo de retorno; y contenía, fiel a su promesa, una serie de vistas Kodak de escenas y objetos que ilustraban lo que tenía que contar. Al echar un vistazo a estas fotos mientras las sacaba del sobre, sentí una curiosa sensación de miedo y cercanía a cosas prohibidas; pues a pesar de la vaguedad de la mayoría de ellas, tenían un poder demoníaco de sugestión que se intensificaba por el hecho de que eran fotografías genuinas—enlaces ópticos reales con lo que retrataban, y el producto de un proceso de transmisión impersonal sin prejuicios, falibilidad o mendacidad.

Cuanto más las miraba, más veía que mi estimación sería de Akeley y su historia no había sido injustificada. Ciertamente, estas fotos llevaban evidencia concluyente de algo en las colinas de Vermont que al menos estaba muy fuera del radio de nuestro conocimiento y creencia común. Lo peor de todo era la huella—una vista tomada donde el sol brillaba sobre un charco de barro en alguna parte de una tierra alta desierta. Esto no era algo falsificado de manera barata, podía verlo de un vistazo; pues los guijarros nítidamente definidos y las briznas de hierba en el campo de visión daban un índice claro de escala y no dejaban posibilidad de una doble exposición engañosa. He llamado a la cosa una "huella", pero "huella de garra" sería un término mejor. Incluso ahora apenas puedo describirla salvo decir que era horriblemente parecida a la de un cangrejo, y que parecía haber cierta ambigüedad sobre su dirección. No era una huella muy profunda o fresca, pero parecía tener el tamaño de un pie humano promedio. Desde una almohadilla central, pares de mordedores dentados proyectaban en direcciones opuestas—bastante desconcertante en cuanto a su función, si es que el objeto completo era exclusivamente un órgano de locomoción.

Otra fotografía—evidentemente una exposición prolongada tomada en profunda sombra—mostraba la boca de una cueva forestal, con una roca de regularidad redondeada obstruyendo la abertura. En el suelo desnudo frente a ella, apenas se podía discernir una densa red de huellas curiosas, y cuando estudié la imagen con una lupa, sentí con seguridad incómoda que las huellas eran similares a las de la otra vista. Una tercera foto mostraba un círculo de piedras de pie al estilo druida en la cima de una colina salvaje. Alrededor del círculo críptico, la hierba estaba muy golpeada y desgastada, aunque no pude detectar ninguna huella incluso con el vidrio. La remota lejanía del lugar era aparente por el verdadero mar de montañas sin inquilinos que formaban el fondo y se extendían hacia un horizonte brumoso.

Pero si la vista más perturbadora de todas era la de la huella, la más curiosamente sugestiva era la de la gran piedra negra encontrada en los bosques de Round Hill. Akeley la había fotografiado en lo que evidentemente era su mesa de estudio, pues podía ver filas de libros y un busto de Milton en el fondo. La cosa, como casi se podría adivinar, había enfrentado la cámara verticalmente con una superficie algo irregularmente curva de uno por dos pies; pero decir algo definitivo sobre esa superficie, o sobre la forma general de toda la masa, casi desafía el poder del lenguaje. Qué principios geométricos tan extravagantes habían guiado su corte—porque seguramente estaba cortada artificialmente—no podía ni siquiera empezar a adivinar; y nunca antes había visto algo que me pareciera tan extrañamente e inequívocamente ajeno a este mundo. De los jeroglíficos en la superficie, pude discernir muy pocos, pero uno o dos que vi dieron bastante miedo. Por supuesto, podrían ser fraudulentos, pues otros además de mí habían leído el monstruoso y aborrecido *Necronomicon* del loco árabe Abdul Alhazred; pero, sin embargo, me estremecí al reconocer ciertos ideogramas que el estudio me había enseñado a vincular con los susurros más escalofriantes y blasfemos de cosas que habían tenido una especie de media existencia loca antes de que la tierra y los otros mundos interiores del sistema solar fueran creados.

De las cinco fotos restantes, tres eran de escenas de pantanos y colinas que parecían llevar rastros de ocupación oculta e insalubre. Otra era de una marca extraña en el suelo muy cerca de la casa de Akeley, que él dijo haber fotografiado la mañana después de una noche en la que los perros habían ladrado más violentamente de lo habitual. Estaba muy borrosa, y realmente no se podían sacar conclusiones ciertas de ella; pero sí parecía diabólicamente similar a esa otra marca o huella de garra fotografiada en la tierra alta desierta. La última foto era de la casa de Akeley en sí misma: una casa blanca elegante de dos pisos y ático, de aproximadamente un siglo y cuarto de antigüedad, y con un césped bien cuidado y un camino bordeado de piedra que conducía a una entrada georgiana elegantemente tallada. Había varios enormes perros policía en el césped, agazapados cerca de un hombre de rostro agradable con una barba gris cortada al ras que tomé como Akeley mismo—su propio fotógrafo, se podría inferir por la bombilla conectada al tubo en su mano derecha.

De las fotos, me volví hacia la carta voluminosamente escrita; y durante las siguientes tres horas estuve sumergido en un abismo de horror innumerable. Donde Akeley solo había dado contornos antes, ahora entraba en detalles minuciosos; presentando largas transcripciones de palabras escuchadas en los bosques por la noche, largos relatos de formas monstruosas rosadas avistadas en matorrales al crepúsculo en las colinas, y una terrible narrativa cósmica derivada de la aplicación de una erudición profunda y variada a los interminables discursos pasados del loco auto-proclamado espía que se había suicidado. Me encontré frente a nombres y términos que había escuchado en otros lugares en las conexiones más horribles—Yuggoth, Gran Cthulhu, Tsathoggua, Yog-Sothoth, R'lyeh, Nyarlathotep, Azathoth, Hastur, Yian, Leng, el Lago de Hali, Bethmoora, el Signo Amarillo, L'mur-Kathulos, Bran y el Magnum Innominandum —y fui arrastrado de vuelta a través de eones sin nombre y dimensiones inconcebibles a mundos de entidades exteriores más antiguas, a los que el loco autor del Necronomicon solo había imaginado de la manera más vaga. Me

hablaron de los pozos de la vida primitiva, y de los arroyos que habían fluido desde allí; y finalmente, de los diminutos arroyos de uno de esos arroyos que se habían enredado con los destinos de nuestra propia tierra.

Mi cerebro giraba; y donde antes intentaba explicar las cosas, ahora comencé a creer en las maravillas más anormales e increíbles. El conjunto de evidencia vital era increíblemente vasto y abrumador; y la actitud fría y científica de Akeley—una actitud tan alejada como se pudiera imaginar de lo demente, fanático, histérico o incluso especulativo extravagantemente—tuvo un efecto tremendo en mi pensamiento y juicio. Para cuando dejé la carta espantosa de lado, pude entender los miedos que había llegado a albergar, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa a mi alcance para mantener a la gente alejada de esas colinas salvajes y embrujadas. Incluso ahora, cuando el tiempo ha atenuado la impresión y me ha hecho cuestionar a medias mi propia experiencia y horribles dudas, hay cosas en esa carta de Akeley que no citarí, ni siquiera formarí en palabras sobre papel. Casi me alegra que la carta, la grabación y las fotografías ya no estén ahora—y deseo, por razones que pronto dejaré claras, que el nuevo planeta más allá de Neptuno no haya sido descubierto.

Con la lectura de esa carta, mi debate público sobre el horror de Vermont terminó permanentemente. Los argumentos de los oponentes quedaron sin respuesta o pospuestos con promesas, y eventualmente la controversia se desvaneció en el olvido. Durante finales de mayo y junio, estuve en constante correspondencia con Akeley; aunque de vez en cuando se perdía una carta, de modo que teníamos que retroceder nuestro terreno y realizar copias considerables y laboriosas. Lo que estábamos tratando de hacer, en conjunto, era comparar notas en asuntos de erudición mitológica oscura y llegar a una correlación más clara de los horrores de Vermont con el cuerpo general de leyendas primitivas mundiales.

Por un lado, decidimos virtualmente que estas morbideces y los temibles Mi-Go del Himalaya eran del mismo orden de pesadilla

encarnada. También había conjeturas zoológicas absorbentes, a las que habría referido al Profesor Dexter en mi propia universidad si no fuera por el imperativo mandato de Akeley de no contarle a nadie sobre el asunto que teníamos entre manos. Si parezco desobedecer ese mandato ahora, es solo porque creo que en esta etapa, una advertencia sobre esas colinas más lejanas de Vermont—y sobre esos picos himalayos que exploradores audaces están cada vez más determinados a ascender—es más conducente a la seguridad pública que el silencio. Una cosa específica a la que estábamos llegando era el desciframiento de los jeroglíficos en esa infame piedra negra—un desciframiento que bien podría ponernos en posesión de secretos más profundos y vertiginosos que cualquier cosa previamente conocida por el hombre.

CAPÍTULO 3

Hacia finales de junio llegó el disco de fonógrafo—enviado desde Brattleboro, ya que Akeley no confiaba en las condiciones de la línea secundaria al norte de allí. Había comenzado a sentir una creciente sensación de espionaje, agravada por la pérdida de algunas de nuestras cartas; y habló mucho sobre las insidiosas acciones de ciertos hombres a quienes consideraba herramientas y agentes de los seres ocultos. Sobre todo, sospechaba del malhumorado agricultor Walter Brown, quien vivía solo en un deteriorado lugar en la ladera cerca de los profundos bosques, y que a menudo se le veía merodeando por las esquinas en Brattleboro, Bellows Falls, Newfane y South Londonderry de la manera más inexplicable y aparentemente sin motivo. La voz de Brown, estaba convencido, era una de las que había escuchado en cierta ocasión durante una

conversación muy terrible; y una vez había encontrado una huella de pie o garra cerca de la casa de Brown que podría poseer la más ominosa significación. Había estado curiosamente cerca de algunas de las propias huellas de Brown—huellas que miraban hacia ella.

Así que el disco fue enviado desde Brattleboro, a donde Akeley condujo en su coche Ford por los solitarios caminos rurales de Vermont. Confesó en una nota acompañante que había comenzado a sentir un aumento en la sensación de espionaje, agravada por la pérdida de algunas de nuestras cartas; y habló mucho sobre las insidiosas acciones de ciertos hombres a quienes consideraba herramientas y agentes de los seres ocultos. Sobre todo, sospechaba del malhumorado agricultor Walter Brown, quien vivía solo en un deteriorado lugar en la ladera cerca de los profundos bosques, y que a menudo se le veía merodeando por las esquinas en Brattleboro, Bellows Falls, Newfane y South Londonderry de la manera más inexplicable y aparentemente sin motivo. La voz de Brown, estaba convencido, era una de las que había escuchado en cierta ocasión durante una conversación muy terrible; y una vez había encontrado una huella de pie o garra cerca de la casa de Brown que podría poseer la más ominosa significación. Había estado curiosamente cerca de algunas de las propias huellas de Brown—huellas que miraban hacia ella.

Antes de probar el disco en la máquina comercial que tomé prestada del edificio de administración de la universidad, repasé cuidadosamente todo el material explicativo en las diversas cartas de Akeley. Este disco, había dicho, se obtuvo alrededor de la 1 a. m. del 1 de mayo de 1915, cerca de la boca cerrada de una cueva donde la ladera oeste boscosa de Dark Mountain se eleva desde el pantano de Lee. El lugar siempre había estado inusualmente plagado de voces extrañas, siendo esta la razón por la cual había traído el fonógrafo, el dictáfono y el disco en blanco esperando resultados. La experiencia previa le había dicho que la víspera de mayo—la horrible noche Sabbat de la leyenda subterránea europea—probablemente sería más fructífera que cualquier otra fecha, y no se sintió

decepcionado. Cabe destacar, sin embargo, que nunca volvió a escuchar voces en ese lugar en particular.

A diferencia de la mayoría de las voces del bosque que había escuchado, el contenido del disco era casi ritualístico, e incluía una voz humana palpable que Akeley nunca había podido identificar. No era la de Brown, pero parecía ser la de un hombre de mayor cultivo. Sin embargo, la segunda voz era la verdadera clave del asunto—pues este era el maldito zumbido que no tenía semejanza con la humanidad a pesar de las palabras humanas que pronunciaba con una gramática inglesa correcta y un acento erudito.

El fonógrafo y el dictáfono de grabación no funcionaron de manera uniforme, y por supuesto estaban en gran desventaja debido a la naturaleza remota y amortiguada del ritual escuchado; de modo que el habla real capturada era muy fragmentaria. Akeley me había dado una transcripción de lo que él creía que eran las palabras habladas, y di un vistazo a esto nuevamente mientras preparaba la máquina para la acción. El texto era oscuramente misterioso más que abiertamente horrible, aunque el conocimiento de su origen y la manera en que se obtuvo le daba todo el horror asociativo que cualquier palabra bien podría poseer. Lo presentaré aquí en su totalidad tal como lo recuerdo—y estoy bastante seguro de que lo conozco correctamente de memoria, no solo por haber leído la transcripción, sino por haber reproducido el disco una y otra vez. ¡Es una cosa que uno no podría olvidar fácilmente!

(Sonidos Indistinguibles)

(Voz Humana Masculina Cultivada)

... es el Señor del Bosque, incluso hacia... y los dones de los hombres de Leng... desde los pozos de la noche hasta los abismos del espacio, y desde los abismos del espacio hasta los pozos de la noche, siempre las alabanzas de Gran Cthulhu, de Tsathoggua, y de Aquel Que No Debe Ser Nombrado. Siempre sus alabanzas, y abundancia para la Cabra Negra de los Bosques. ¡Ia! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con Mil Jóvenes!

(Zumbido Imitando el Habla Humana)

¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra Negra de los Bosques con Mil Jóvenes!

(Voz Humana)

Y ha sucedido que el Señor de los Bosques, siendo... siete y nueve, por los escalones de ónix... tributos a Él en el Abismo, Azathoth, Él de Quien Tú nos has enseñado maravillas... en las alas de la noche más allá del espacio, más allá de... hacia Eso de lo Que Yuggoth es el niño más joven, rodando solo en éter negro en el borde...

(Zumbido)

... salir entre los hombres y encontrar sus caminos, para que Él en el Abismo pueda saber. A Nyarlathotep, Gran Mensajero, deben ser contadas todas las cosas. Y Él pondrá la semblanza de los hombres, la máscara de cera y la túnica que oculta, y descenderá del mundo de los Siete Soles para burlarse...

(Voz Humana)

(Nyarl)athotep, Gran Mensajero, portador de la extraña alegría a Yuggoth a través del vacío, Padre de los Mil Favorecidos, Acechador entre...

(Discurso Cortado por el Final del Disco)

Tales fueron las palabras que debía escuchar cuando puse en marcha el fonógrafo. Fue con un rastro de genuino temor y reluctancia que accioné la palanca y escuché el arañazo preliminar del punto de zafiro, y me alegré de que las primeras palabras débiles y fragmentarias fueran en una voz humana—una voz suave y educada que parecía vagamente con acento de Boston, y que ciertamente no era la de ningún nativo de las colinas de Vermont. Mientras escuchaba la débil interpretación tentadora, parecía encontrar el habla idéntica a la transcripción cuidadosamente preparada por Akeley. En ella cantaba, en esa voz suave de Boston...

"iIa! iShub-Niggurath! iLa Cabra Negra de los Bosques con Mil Jóvenes!..."

Y entonces escuché la otra voz. Hasta el día de hoy, me estremezco retrospectivamente al pensar en cómo me impactó, aunque estuviera preparado por los relatos de Akeley. Aquellos a quienes les he descrito el disco profesan no encontrar más que impostura barata o locura en él; pero si tuvieran el maldito objeto en sí, o hubieran leído la mayor parte de la correspondencia de Akeley, (especialmente esa terrible y enciclopédica segunda carta), sé que pensarían de manera diferente. Es, después de todo, una tremenda pena que no desobedeciera a Akeley y reprodujera el disco para otros—también una tremenda pena que todas sus cartas se hayan perdido. Para mí, con mi impresión de primera mano de los sonidos reales, y con mi conocimiento del trasfondo y las circunstancias circundantes, la voz era una cosa monstruosa. Rápidamente siguió a la voz humana en respuesta ritualística, pero en mi imaginación era un eco mórbido alado que cruzaba abismos inconcebibles desde infiernos exteriores inconcebibles. Es más de dos años ahora desde que descarté ese cilindro de cera blasfemo; pero en este momento, y en todos los demás momentos, aún puedo oír ese débil zumbido demoníaco cuando me llegó por primera vez.

"iIä! iShub-Niggurath! iLa Cabra Negra de los Bosques con Mil Jóvenes!"

Pero aunque la voz siempre está en mis oídos, apenas puedo describirla salvo decir que era como el zumbido de algún insecto gigantesco y repulsivo cuidadosamente moldeado para articular el habla de una especie alienígena, y estoy perfectamente seguro de que los órganos que lo producían no pueden tener semejanza con los órganos vocales del hombre, o de hecho con los de cualquier mamífero. Había singularidades en el timbre, el rango y los sobretonos que situaban este fenómeno completamente fuera del ámbito de la humanidad y la vida terrestre. Su repentina aparición aquella primera vez casi me dejó aturdido, y escuché el resto del disco en una especie de trance abstracto. Cuando pasó el pasaje

más largo de zumbido, hubo una intensificación aguda de ese sentimiento de infinitud blasfema que me había impactado durante el pasaje más corto y anterior. Finalmente, el disco terminó abruptamente, durante un discurso inusualmente claro de la voz humana y con acento de Boston; pero me quedé paralizado mirando mucho después de que la máquina se hubiera detenido automáticamente.

Casi no necesito decir que le di a ese impactante disco muchas reproducciones más, y que realicé exhaustivos intentos de análisis y comentarios al comparar notas con Akeley. Sería tanto inútil como perturbador repetir aquí todo lo que concluimos; pero puedo insinuar que acordamos creer que habíamos asegurado una pista sobre la fuente de algunas de las costumbres primordiales más repulsivas en las crípticas religiones ancestrales de la humanidad. También nos parecía claro que había una conexión antigua y elaborada; entre las criaturas exteriores ocultas y ciertos miembros de la raza humana. Qué tan extensas eran estas alianzas, y cómo podría compararse su estado actual con su estado en épocas anteriores, no teníamos medios para adivinar; sin embargo, en el mejor de los casos, había espacio para una cantidad ilimitada de especulación horrorizada. Parecía haber un vínculo atroz e inmemorial en varias etapas definitivas entre el hombre y la infinidad sin nombre. Las blasfemias que aparecían en la tierra, se insinuaba, provenían del oscuro planeta Yuggoth, en el borde del sistema solar; pero esto en sí mismo era simplemente el poblado puesto de avanzada de una espantosa raza interestelar cuya fuente última debía estar mucho más allá incluso del continuo espacio-tiempo einsteniano o del cosmos más conocido.

Mientras tanto, continuamos discutiendo la piedra negra y la mejor manera de llevarla a Arkham—Akeley consideraba inadvisable que yo lo visitara en el lugar de sus estudios pesadillescos. Por alguna razón u otra, Akeley temía confiar la cosa a cualquier ruta de transporte ordinaria o esperada. Su idea final era llevarla a través del país hasta Bellows Falls y enviarla por el sistema Boston and Maine a través de Keene y Winchendon y Fitchburg, aunque esto habría necesitado

que él condujera por caminos más solitarios y atravesando más boscosas colinas que la carretera principal a Brattleboro. Dijo que había notado a un hombre cerca de la oficina exprés en Brattleboro cuando había enviado el disco de fonógrafo, cuyas acciones y expresión habían estado lejos de ser reconfortantes. Este hombre había parecido demasiado ansioso por hablar con los empleados, y había tomado el tren en el que se envió el disco. Akeley confesó que no se había sentido completamente tranquilo acerca de ese disco hasta que escuchó de mí su recepción segura.

Esa tarde, fui a Boston para entrevistar al empleado del tren en persona, habiendo obtenido su nombre y dirección de la oficina. Era un tipo franco y agradable, pero vi que no podía añadir nada a su relato original. Curiosamente, apenas estaba seguro de poder reconocer al extraño inquiridor nuevamente. Al darme cuenta de que no tenía más que decir, regresé a Arkham y me quedé despierto hasta la mañana escribiendo cartas a Akeley, a la compañía exprés y al departamento de policía y al agente de estación en Keene. Sentía que el hombre de voz extraña que había afectado tan raramente al empleado debía tener un lugar pivotal en el horrible asunto, y esperaba que los empleados de la estación de Keene y los registros de la oficina de telégrafos pudieran decir algo sobre él y sobre cómo había ocurrido que hiciera su inquiriendo cuando y donde lo hizo.

Debo admitir, sin embargo, que todas mis investigaciones no dieron fruto. El hombre de voz extraña había sido notado de hecho alrededor de la estación de Keene en la tarde del 18 de julio, y un holgazán parecía vincularlo vagamente con una caja pesada; pero era totalmente desconocido, y no lo habían visto antes ni desde entonces. No había visitado la oficina de telégrafos ni recibido ningún mensaje hasta donde se pudo saber, ni había llegado ningún mensaje que pudiera considerarse una notificación de la presencia de la piedra negra en el tren No. 5508 a nadie. Naturalmente, Akeley se unió a mí en la realización de estas investigaciones, e incluso hizo un viaje personal a Keene para interrogar a las personas alrededor de la estación; pero su actitud hacia el asunto era más fatalista que la mía. Parecía considerar la pérdida de la caja como un

cumplimiento presagio y amenazante de tendencias inevitables, y no tenía esperanza real alguna de su recuperación. Habló de los indudables poderes telepáticos e hipnóticos de las criaturas de las colinas y sus agentes, y en una carta insinuó que no creía que la piedra estuviera en esta tierra por más tiempo. Por mi parte, estaba justamente indignado, pues sentía que había al menos una posibilidad de aprender cosas profundas y asombrosas de los antiguos jeroglíficos borrosos. El asunto hubiera permanecido amargo en mi mente si no hubieran traído las cartas inmediatamente posteriores de Akeley una nueva fase de todo el horrible problema de las colinas que de inmediato capturó toda mi atención.

CAPÍTULO 4

Las cosas desconocidas, escribió Akeley con una letra que se volvía patéticamente temblorosa, habían comenzado a acercarse a él con un grado de determinación completamente nuevo. El ladrido nocturno de los perros cada vez que la luna estaba débil o ausente era ahora horripilante, y había intentos de molestarle en los caminos solitarios que tenía que atravesar durante el día. El 2 de agosto, mientras se dirigía al pueblo en su coche, encontró un tronco de árbol tendido en su camino en un punto donde la carretera pasaba por un profundo tramo de bosque; mientras que el salvaje ladrido de los dos grandes perros que llevaba consigo indicaba demasiado bien las cosas que debían estar merodeando cerca. Qué habría pasado si los perros no hubieran estado allí, no se atrevía a adivinar, pero ahora no salía sin al menos dos de sus fieles y poderosos perros de guardia. Otras experiencias en el camino ocurrieron el 5 y 6 de

agosto; un disparo rozando su coche en una ocasión, y el ladrido de los perros indicando presencias forestales impías en la otra.

El 15 de agosto recibí una carta frenética que me perturbó enormemente y que me hizo desear que Akeley pudiera dejar de lado su reticencia solitaria y solicitar la ayuda de la ley. Hubo acontecimientos horribles en la noche del 12 al 13, balas volando fuera de la casa de campo, y tres de los doce grandes perros fueron encontrados muertos a tiros por la mañana. Había miríadas de huellas de garras en la carretera, con las huellas humanas de Walter Brown entre ellas. Akeley había empezado a llamar a Brattleboro para conseguir más perros, pero el cable se había cortado antes de que pudiera decir mucho. Más tarde, fue a Brattleboro en su coche y se enteró allí de que los técnicos habían encontrado el cable principal cortado ordenadamente en un punto donde pasaba por las colinas desiertas al norte de Newfane. Pero estaba a punto de regresar a casa con cuatro perros nuevos y varios casos de munición para su rifle repetidor de caza mayor. La carta fue escrita en la oficina de correos de Brattleboro y llegó a mí sin demora.

Mi actitud hacia el asunto estaba a estas alturas resbalando rápidamente de una postura científica a una alarmantemente personal. Tenía miedo por Akeley en su remota y solitaria casa de campo, y medio miedo por mí mismo debido a mi ahora definitiva conexión con el extraño problema de las colinas. El asunto estaba alcanzando de esta manera. ¿Me absorbería y me envolvería? Al responder a su carta le insté a buscar ayuda y insinué que podría tomar medidas yo mismo si él no lo hacía. Hablé de visitar Vermont en persona a pesar de sus deseos y de ayudarlo a explicar la situación a las autoridades competentes. Sin embargo, en respuesta, solo recibí un telegrama de Bellows Falls que decía lo siguiente:

APRECIO SU POSICIÓN PERO NO PUEDO HACER NADA NO TOME ACCIÓN POR SÍ MISMO PORQUE SOLO PODRÍA DAÑAR A AMBOS ESPERE UNA EXPLICACIÓN

HENRY AKELY

Pero el asunto se estaba profundizando constantemente. Al responder al telegrama, recibí una nota temblorosa de Akeley con la asombrosa noticia de que no solo nunca había enviado el cable, sino que tampoco había recibido la carta mía a la que obviamente era una respuesta. Las investigaciones apresuradas de él en Bellows Falls revelaron que el mensaje fue depositado por un hombre de cabello arenoso y voz curiosamente gruesa y zumbante, aunque más que esto no pudo averiguar. El empleado mostró el texto original garabateado a lápiz por el remitente, pero la letra era totalmente desconocida. Era notable que la firma estuviera mal escrita—A-K-E-L-Y, sin la segunda "E". Ciertas conjeturas eran inevitables, pero en medio de la crisis obvia, no se detuvo para elaborarlas.

Habló sobre la muerte de más perros y la compra de otros aún, y sobre el intercambio de disparos que se había convertido en una característica establecida cada noche sin luna. Las huellas de Brown, y las huellas de al menos una o dos figuras humanas más marcadas, ahora se encontraban regularmente entre las huellas de garras en la carretera y en la parte trasera del patio de la granja. Era, admitió Akeley, un negocio bastante grave; y antes de mucho tiempo probablemente tendría que ir a vivir con su hijo en California, ya sea que pudiera vender el viejo lugar o no. Pero no es fácil dejar el único lugar que uno realmente puede considerar como hogar. Debe intentar aguantar un poco más; quizás pudiera ahuyentar a los intrusos—especialmente si renunciaba abiertamente a todos los intentos de penetrar sus secretos.

Escribiendo a Akeley de inmediato, renové mis ofertas de ayuda y hablé nuevamente de visitarlo y ayudarlo a convencer a las autoridades de su grave peligro. A cambio, sin embargo, solo recibí un telegrama de Bellows Falls que decía lo siguiente:

APRECIO SU POSICIÓN PERO NO PUEDO HACER NADA NO TOME ACCIÓN POR SÍ MISMO PORQUE SOLO PODRÍA DAÑAR A AMBOS ESPERE UNA EXPLICACIÓN

HENRY AKELY

Pero el asunto se estaba profundizando constantemente. Al responder al telegrama, recibí una nota temblorosa de Akeley con la asombrosa noticia de que no solo nunca había enviado el cable, sino que tampoco había recibido la carta mía a la que obviamente era una respuesta. Las investigaciones apresuradas de él en Bellows Falls revelaron que el mensaje fue depositado por un hombre de cabello arenoso y voz curiosamente gruesa y zumbante, aunque más que esto no pudo averiguar. El empleado mostró el texto original garabateado a lápiz por el remitente, pero la letra era totalmente desconocida. Era notable que la firma estuviera mal escrita—A-K-E-L-Y, sin la segunda "E". Ciertas conjeturas eran inevitables, pero en medio de la crisis obvia, no se detuvo para elaborarlas.

Escribiendo a Akeley de inmediato, renové mis ofertas de ayuda y hablé nuevamente de visitarlo y ayudarlo a convencer a las autoridades de su grave peligro. En su respuesta parecía estar menos decidido contra ese plan que su actitud pasada habría llevado a uno a predecir, pero dijo que le gustaría esperar un poco más—suficiente para poner sus cosas en orden y reconciliarse con la idea de dejar un lugar de nacimiento casi mórbidamente querido. La gente miraba de reojo sus estudios y especulaciones y sería mejor salir en silencio sin causar tumulto en el campo y crear dudas generalizadas sobre su propia cordura. Había tenido suficiente, admitió, pero quería hacer una salida digna si podía.

Esta carta me llegó el 28 de agosto, y preparé y envié una respuesta lo más alentadora posible. Aparentemente, el estímulo tuvo efecto, ya que Akeley tenía menos terrores que reportar cuando reconoció mi nota. No era muy optimista, sin embargo, y expresó la creencia de que solo la temporada de luna llena estaba manteniendo a raya a las criaturas. Esperaba que no hubiera muchas noches densamente nubladas, y habló vagamente de hospedarse en Brattleboro cuando la luna menguara. Nuevamente le escribí de manera alentadora, pero el 5 de septiembre llegó una nueva comunicación que obviamente cruzó mi carta en el correo; y a esto no pude dar una respuesta tan esperanzadora. En vista de su importancia, creo que es mejor que la presente en su totalidad—en

la medida de lo posible—como mejor puedo hacerlo desde la memoria de la letra temblorosa. Corría sustancialmente así:

Lunes

Querido Wilmarth:

Una posdata bastante desalentadora a mi anterior. Anoche estaba muy nublado—aunque sin lluvia—y ni un poco de luz de luna penetró. Las cosas estaban bastante mal, y creo que el final se acerca, a pesar de todo lo que hemos esperado. Después de la medianoche, algo aterrizó en el techo de la casa, y todos los perros corrieron a ver qué era. Pude escucharlos morder y rasgar alrededor, y luego uno logró subir al techo saltando desde el bajo ala. Hubo una pelea terrible allí arriba, y escuché un zumbido espantoso que nunca olvidaré. Y luego hubo un olor horroroso. Alrededor de la misma hora, balas atravesaron la ventana y casi me rozaron. Creo que la línea principal de las criaturas de las colinas se había acercado a la casa cuando los perros se dividieron debido al asunto del techo. No sé qué estaba ahí arriba, pero temo que las criaturas están aprendiendo a maniobrar mejor con sus alas espaciales. Apagué la luz y usé las ventanas como mirillas, y barrí toda la casa con fuego de rifle apuntando justo lo suficientemente alto como para no golpear a los perros. Eso pareció terminar el asunto, pero por la mañana encontré grandes charcos de sangre en el patio, además de charcos de una sustancia pegajosa verde que tenía el peor olor que he oído jamás. Subí al techo y encontré más de la sustancia pegajosa allí. Cinco de los perros fueron asesinados—me temo que maté a uno yo mismo al apuntar demasiado bajo, pues fue disparado en la espalda. Ahora estoy poniendo las ventanas rotas, y voy a Brattleboro por más perros. Supongo que los hombres en los perreras piensan que estoy loco. Dejaré otra nota más tarde. Supongo que estaré listo para mudarme en una o dos semanas, aunque casi me mata pensar en ello.

Con prisa—Akeley

Pero esta no fue la única carta de Akeley que cruzó la mía. La mañana siguiente—6 de septiembre—llegó otra; esta vez un garabato frenético que me estremeció enormemente y me dejó sin saber qué decir o hacer a continuación. Nuevamente, no puedo hacer mejor que citar el texto lo más fielmente posible según la memoria.

Martes

Lunes

Querido Wilmarth:

Una posdata bastante desalentadora a mi anterior. Anoche estaba muy nublado—aunque sin lluvia—y ni un poco de luz de luna penetró. Las cosas estaban bastante mal, y creo que el final se acerca, a pesar de todo lo que hemos esperado. Después de la medianoche, algo aterrizó en el techo de la casa, y todos los perros corrieron a ver qué era. Pude escucharlos morder y rasgar alrededor, y luego uno logró subir al techo saltando desde el bajo ala. Hubo una pelea terrible allí arriba, y escuché un zumbido espantoso que nunca olvidaré. Y luego hubo un olor horroroso. Alrededor de la misma hora, balas atravesaron la ventana y casi me rozaron. Creo que la línea principal de las criaturas de las colinas se había acercado a la casa cuando los perros se dividieron debido al asunto del techo. No sé qué estaba ahí arriba, pero temo que las criaturas están aprendiendo a maniobrar mejor con sus alas espaciales. Apagué la luz y usé las ventanas como mirillas, y barrí toda la casa con fuego de rifle apuntando justo lo suficientemente alto como para no golpear a los perros. Eso pareció terminar el asunto, pero por la mañana encontré grandes charcos de sangre en el patio, además de charcos de una sustancia pegajosa verde que tenía el peor olor que he oído jamás. Subí al techo y encontré más de la sustancia pegajosa allí. Cinco de los perros fueron asesinados—me temo que maté a uno yo mismo al apuntar demasiado bajo, pues fue disparado en la espalda. Ahora estoy poniendo las ventanas rotas, y voy a Brattleboro por más perros. Supongo que los hombres en los perreras piensan que estoy loco. Dejaré otra nota más tarde.

Supongo que estaré listo para mudarme en una o dos semanas, aunque casi me mata pensar en ello.

Con prisa—Akeley

Martes

Nubes no se despejaron, así que no hubo luna nuevamente—y entrando en menguante de todos modos. Ponería el cableado de la casa para electricidad y instalaría un foco si no supiera que lo cortarían tan rápido como podrían ser reparados.

Creo que me estoy volviendo loco. Puede ser que todo lo que te he escrito sea un sueño o una locura. Ya era bastante malo antes, pero esta vez es demasiado. Me hablaron anoche—hablaron con esa maldita voz zumbante y me dijeron cosas que no me atrevo a repetir. Las escuché claramente sobre el ladrido de los perros, y una vez, cuando fueron ahogados, una voz humana los ayudó. Mantente al margen de esto, Wilmarth—es peor de lo que tú o yo sospechábamos. No tienen intención de dejarme llegar a California ahora—quieren llevarme de la tierra a donde vienen. Les gusta quitarse a los hombres de aprendizaje de vez en cuando, para mantener informados sobre el estado de las cosas en el mundo humano.

Les dije que no iría a donde desean, ni de la manera terrible que proponen llevarme, pero temo que no servirá de nada. Mi lugar está tan alejado que podrían venir de día tanto como de noche pronto. Seis perros más muertos, y sentí presencias a lo largo de las partes boscosas del camino cuando conduje a Brattleboro hoy. Fue un error intentar enviarte ese disco de fonógrafo y la piedra negra. Mejor rompe el disco antes de que sea demasiado tarde. Dejaré otra línea mañana si aún estoy aquí. Supongo que trataré de enviar mis libros y cosas a Brattleboro y hospedarme allí. Podría huir sin nada si pudiera, pero algo dentro de mi mente me lo impide. Puedo escaparme a Brattleboro, donde debería estar seguro, pero me siento tan prisionero allí como en la casa. Y parece que no podría ir

mucho más lejos incluso si dejara todo y tratara. Es horrible—no te involucres en esto.

Desearía no haberme convertido en un ermitaño, para que la gente no se merodee como solían hacerlo. Nunca me atreví a mostrar la piedra negra ni las fotografías Kodak, ni a reproducir ese disco, a nadie más que a las personas ignorantes. Los demás dirían que fingí todo el asunto y no hacen más que reír. Pero aún podría intentar mostrar las fotos. Muestran claramente esas huellas de garras, incluso si las cosas que las hicieron no pueden ser fotografiadas. Qué lástima que nadie más haya visto esa cosa esta mañana antes de que desapareciera.

Pero no lo sé, me importa poco. Después de lo que he pasado, un manicomio es tan bueno como cualquier otro lugar. Los médicos pueden ayudarme a decidir dejar esta casa, y eso es todo lo que me salvará.

Escribe a mi hijo George si no escuchas pronto. Adiós, rompe ese disco, y no te involucres en esto.

Atentamente—Akeley

Esta carta francamente me sumergió en el más oscuro terror. No sabía qué decir en respuesta, pero garabateé algunas palabras incoherentes de consejo y ánimo y las envié por correo registrado. Recuerdo haber instado a Akeley a mudarse a Brattleboro de inmediato y a ponerse bajo la protección de las autoridades; añadiendo que iría a ese pueblo con el disco de fonógrafo y ayudaría a convencer a los tribunales de su cordura. Era hora, también, creo que escribí, de alarmar a la gente en general contra esta cosa en su entorno. Se notará que en este momento de estrés mi propia creencia en todo lo que Akeley había contado y afirmado era prácticamente completa, aunque pensé que su fracaso en obtener una foto del monstruo muerto se debía no a algún fenómeno extraño de la naturaleza, sino a alguna falacia excitada de su parte.

Capítulo 5

Luego, aparentemente cruzando mi nota incoherente y llegando a mí la tarde del sábado 8 de septiembre, llegó esa carta curiosamente diferente y calmante, cuidadosamente mecanografiada en una máquina nueva; esa extraña carta de tranquilidad e invitación que debe haber marcado una transición tan prodigiosa en todo el drama pesadillesco de las colinas solitarias. Nuevamente, citaré de memoria—buscando por razones especiales preservar tanto el sabor del estilo como pueda. Fue fechada en Bellows Falls, y la firma así como el cuerpo de la carta estaban mecanografiados—como es frecuente con los principiantes en la mecanografía. El texto, sin embargo, era maravillosamente preciso para el trabajo de un novato; y concluí que Akeley debía haber usado una máquina en algún período previo—quizás en la universidad. Decir que la carta me alivió sería justo, aunque debajo de mi alivio yacía un sustrato de inquietud. Si Akeley había estado cuerdo en su terror, ¿estaba ahora cuerdo en su liberación? ¿Y el tipo de "mejorado entendimiento" mencionado... ¿qué era? ¡Todo implicaba una reversión diametralmente opuesta de la actitud previa de Akeley! Pero aquí está el contenido del texto, cuidadosamente transcrito desde una memoria en la que tengo cierto orgullo.

Townshend, Vermont,
Jueves, 6 de septiembre de 1928.

Mi querido Wilmarth:—

Me da un gran placer poder tranquilizarte respecto a todas las cosas tontas que te he estado escribiendo. Digo "tontas", aunque con eso me refiero más a mi actitud asustada que a mis descripciones de ciertos fenómenos. Esos fenómenos son lo suficientemente reales e importantes; mi error había sido establecer una actitud anómala hacia ellos.

Creo que mencioné que mis extraños visitantes estaban comenzando a comunicarse conmigo, y a intentar tal comunicación. Anoche, este intercambio de discurso se hizo real. En respuesta a ciertas señales, admití en la casa un mensajero de aquellos que están afuera—un ser humano, déjame apresurarme a decirlo. Me

contó mucho que ni tú ni yo habíamos empezado siquiera a adivinar, y mostró claramente cómo habíamos juzgado e interpretado erróneamente el propósito de los Seres Exteriores al mantener su colonia secreta en este planeta.

Parece que las malas leyendas sobre lo que han ofrecido a los hombres, y lo que desean en conexión con la tierra, son totalmente el resultado de una concepción ignorante del habla alegórica—habla, por supuesto, moldeada por antecedentes culturales y hábitos de pensamiento vastamente diferentes de todo lo que soñamos. Mis propias conjeturas, admito libremente, pasaron tan ampliamente del objetivo como cualquier de las suposiciones de agricultores analfabetos e indios salvajes. Lo que pensé que era mórbido y vergonzoso e ignominioso es en realidad asombroso y expandiendo la mente e incluso glorioso—mi estimación previa siendo simplemente una fase de la tendencia eterna del hombre a odiar, temer y retroceder ante lo totalmente diferente.

Ahora lamento el daño que he infligido a estos seres alienígenas e increíbles en el curso de nuestros escaramuzas nocturnas. ¡Si tan solo hubiera consentido hablar pacíficamente y razonablemente con ellos en primer lugar! Pero no les guardan rencor, sus emociones están organizadas de manera muy diferente a las nuestras. Es su desgracia haber tenido como agentes humanos en Vermont a algunos especímenes muy inferiores—Walter Brown, por ejemplo. Él me prejuizó vastamente en su contra. En realidad, nunca han dañado conscientemente a los hombres, pero a menudo han sido cruelmente maltratados y espiados por nuestra especie. Existe todo un culto secreto de hombres malvados (un hombre de tu erudición mística me entenderá cuando los vinculo con Hastur y el Signo Amarillo) dedicado al propósito de localizarlos y dañarlos en nombre de poderes monstruosos de otras dimensiones. Contra estos agresores—no contra la humanidad normal—están dirigidas las precauciones drásticas de los Seres Exteriores. Por cierto, supe que muchas de nuestras cartas perdidas fueron robadas no por los Seres Exteriores sino por los emisarios de este culto maligno.

Todo lo que los Seres Exteriores desean del hombre es paz y no molestia y una creciente comprensión intelectual. Este último es absolutamente necesario ahora que nuestras invenciones y dispositivos están expandiendo nuestro conocimiento y movimientos, y haciendo cada vez más imposible que los puestos avanzados necesarios de los Seres Exteriores existan secretamente en este planeta. Los seres alienígenas desean conocer a la humanidad más plenamente y que algunos de los líderes filosóficos y científicos de la humanidad conozcan más sobre ellos. Con tal intercambio de conocimiento, todos los peligros pasarán y se establecerá un modus vivendi satisfactorio. La misma idea de cualquier intento de esclavizar o degradar a la humanidad es ridícula.

Como comienzo de este mejorado entendimiento, los Seres Exteriores naturalmente me han elegido—cuyo conocimiento de ellos ya es tan considerable—como su intérprete principal en la tierra. Mucho me fue contado anoche—hechos de la más estupefaciente y expandiendo la vista naturaleza—y más me serán comunicados posteriormente tanto oralmente como por escrito. No se me llamará a hacer ningún viaje fuera todavía, aunque probablemente desearé hacerlo más adelante—empleando medios especiales y trascendiendo todo lo que hasta ahora hemos estado acostumbrados a considerar como experiencia humana. Mi casa ya no será asediada. Todo ha vuelto a la normalidad, y los perros no tendrán más ocupación. En lugar de terror me han dado una rica bonificación de conocimiento y aventura intelectual que pocos otros mortales han compartido.

Los Seres Alienígenas son quizás las cosas orgánicas más maravillosas en o más allá de todo el espacio y tiempo—miembros de una raza cósmica de todo el cosmos de la cual todas las demás formas de vida son meras variantes degeneradas. Son más vegetales que animales, si estos términos pueden aplicarse al tipo de materia que los compone, y tienen una estructura algo fungóide; aunque la presencia de una sustancia similar a la clorofila y un sistema nutritivo muy singular los diferencian por completo de los verdaderos hongos corpófitos. De hecho, el tipo está compuesto de una forma

de materia totalmente alienígena a nuestra parte del espacio—con electrones que tienen una tasa de vibración totalmente diferente. Por eso los seres no pueden ser fotografiados en las películas y placas fotográficas ordinarias de nuestro universo conocido, aunque nuestros ojos pueden verlos. Con el conocimiento adecuado, sin embargo, cualquier buen químico podría hacer una emulsión fotográfica que registrara sus imágenes.

El género es único en su habilidad para atravesar el vacío interestelar sin calor y sin aire en forma corpórea completa, y algunas de sus variantes no pueden hacer esto sin ayuda mecánica o curiosas transposiciones quirúrgicas. Solo unas pocas especies tienen las alas resistentes al éter características de la variedad de Vermont. Las que habitan ciertos picos remotos en el Viejo Mundo fueron traídas de otras maneras. Su semejanza externa con la vida animal, y con el tipo de estructura que entendemos como material, es una cuestión de evolución paralela más que de parentesco cercano. Su capacidad cerebral supera la de cualquier otra forma de vida sobreviviente, aunque los tipos alados de nuestro país de las colinas no son de ninguna manera los más desarrollados. La telepatía es su medio habitual de discurso, aunque tenemos órganos vocales rudimentarios que, después de una ligera operación (pues la cirugía es una cosa increíblemente experta y cotidiana entre ellos), pueden duplicar de manera aproximada el habla de tipos de organismos que aún usan el habla.

Su morada inmediata principal es un planeta aún no descubierto y casi sin luz en el borde mismo de nuestro sistema solar—más allá de Neptuno, y el noveno en distancia desde el sol. Es, como hemos inferido, el objeto misteriosamente insinuado como "Yuggoth" en ciertos escritos antiguos y prohibidos; y pronto será el escenario de un extraño enfoque de pensamiento sobre nuestro mundo en un esfuerzo por facilitar el entendimiento mental. No me sorprendería que los astrónomos se volvieran lo suficientemente sensibles a estas corrientes de pensamiento para descubrir Yuggoth cuando los Seres Exteriores deseen que lo hagan. Pero Yuggoth, por supuesto, es solo la piedra de paso. El cuerpo principal de los seres habita abismos

extrañamente organizados totalmente fuera del alcance máximo de cualquier imaginación humana. La glóbulo espacio-temporal que reconocemos como la totalidad de toda entidad cósmica es solo un átomo en la infinita realidad genuina que es de ellos. Y tanto de esta infinitud como puede contener cualquier cerebro humano es eventualmente para ser abierta para mí, como lo ha sido para no más de cincuenta otros hombres desde que existe la raza humana.

Probablemente llamarás esto una locura al principio, Wilmarth, pero con el tiempo apreciarás la oportunidad titánica con la que me he topado. Quiero que compartas tanto como sea posible, y para ese fin debo decirte miles de cosas que no irán en papel. En el pasado te he advertido que no vinieras a verme. Ahora que todo está seguro, me complace rescindir esa advertencia e invitarte.

¿No puedes hacer un viaje aquí antes de que comience tu término universitario? Sería maravillosamente encantador si pudieras. Trae junto el disco de fonógrafo y todas mis cartas para ti como datos consultivos—los necesitaremos para juntar toda la tremenda historia. Podrías traer las impresiones Kodak también, ya que parece que he extraviado los negativos y mis propias impresiones en todo este reciente alboroto. Pero qué riqueza de hechos tengo para añadir a todo este groping y material tentativo—¡y qué dispositivo estupefaciente tengo para complementar mis añadidos!

No dudes—estoy libre de espionaje ahora, y no encontrarás nada antinatural o perturbador. Simplemente ven y deja que mi coche te recoja en la estación de Brattleboro—prepárate para quedarte todo el tiempo que puedas, y espera muchas noches de discusión sobre cosas más allá de toda conjetura humana. No le digas a nadie sobre esto, por supuesto—este asunto no debe llegar al público promiscuo.

El servicio de tren a Brattleboro no está mal—puedes obtener un horario en Boston. Toma el B. & M. a Greenfield, y luego cambia para el breve tramo restante. Sugiero que tomes el conveniente de las 4:10 p.m.—estándar—desde Boston. Esto llega a Greenfield a las 7:35, y a las 9:19 un tren sale de allí que llega a Brattleboro a las

10:01. Eso es entre semana. Avísame la fecha y tendré mi coche listo en la estación.

Perdona esta carta mecanografiada, pero mi letra se ha vuelto temblorosa últimamente, como sabes, y no me siento capaz de largas estiradas de escritura. Conseguí esta nueva Corona en Brattleboro ayer—parece funcionar muy bien.

Esperando tu respuesta, y esperando verte pronto con el disco de fonógrafo y todas mis cartas—y las impresiones Kodak—

Estoy

Tuyo en anticipación,

Henry W. Akeley

A ALBERT N. WILMARTH, ESQ.,

UNIVERSIDAD MISKATONIC,

ARKHAM, MASS.

La complejidad de mis emociones al leer, releer y reflexionar sobre esta extraña y no esperada carta es difícil de describir adecuadamente. He dicho que al mismo tiempo me sentí aliviado e inquieto, pero esto solo expresa de manera tosca los matices de sentimientos diversos y en gran parte subconscientes que comprendían tanto el alivio como la inquietud. Para empezar, la cosa era tan antipodalmente a la varianza de toda la cadena de horrores que la precedían—iel cambio de humor de terror absoluto a complacencia fría e incluso exaltación fue tan inesperado, similar a un rayo, y completo! Apenas podía creer que un solo día podría alterar tan radicalmente la perspectiva psicológica de uno que había escrito ese último boletín frenético del miércoles, sin importar las revelaciones tranquilizadoras que ese día podrían haber traído. En ciertos momentos, un sentido de realidades conflictivas me hizo cuestionar si todo este drama distanciado reportado de fuerzas fantásticas no era una especie de sueño medio ilusorio creado en gran parte dentro de mi propia mente. Luego pensé en el disco de fonógrafo y me sumí en una confusión aún mayor.

¡La carta parecía tan diferente a todo lo que podría haberse esperado! Al analizar mi impresión, vi que consistía en dos fases distintas. Primero, aceptando que Akeley había estado cuerdo antes y aún lo estaba, el cambio indicado en la situación misma era tan rápido e impensable. Y segundo, el cambio en la propia manera, actitud y lenguaje de Akeley era tan vastamente diferente de lo normal o predecible. La personalidad entera del hombre parecía haber sufrido una mutación insidiosa—aunque tal reversión no me permitía reconciliar fácilmente sus dos aspectos con la suposición de que ambos representaban igual cordura. La elección de palabras, la ortografía—todo era sutilmente diferente. Y con mi sensibilidad académica hacia el estilo de la prosa, pude trazar profundas divergencias en sus reacciones más comunes y respuestas rítmicas. Ciertamente, el cataclismo emocional o la revelación que podría producir un vuelco tan radical debía ser una extrema de hecho. ¡Sin embargo, de otra manera, la carta parecía bastante característica de Akeley! La misma vieja pasión por el infinito—la misma vieja inquisición erudita. No pude durante un momento—o más que un momento—atribuir la idea de falsedad o sustitución maligna. ¿No era la invitación—la disposición para que yo probara la verdad de la carta en persona—prueba de su genuinidad?

Así que en la madrugada del domingo, redacté el telegrama a Akeley diciendo que lo encontraría en Brattleboro el siguiente miércoles—12 de septiembre—si esa fecha le era conveniente. En solo un aspecto me desvié de sus sugerencias, y eso concernía a la elección de un tren. Francamente, no sentía ganas de llegar a esa región encantada de Vermont tarde en la noche; así que en lugar de aceptar el tren que él eligió, llamé a la estación y elaboré otro arreglo. Al levantarme temprano y tomar el tren de las 8:07 a.m. (hora estándar) hacia Boston, podría tomar el de las 9:25 a Greenfield; llegando allí a las 12:22 del mediodía. Esto conectaba exactamente con un tren que llegaba a Brattleboro a la 1:08 p.m.—una hora mucho más cómoda que las 10:01 para reunirme con Akeley y viajar con él hacia las colinas llenas y guardianas de secretos.

Mencioné esta elección en mi telegrama, y me alegré al aprender en la respuesta que llegó hacia la tarde que había recibido el respaldo de mi futuro anfitrión. Su mensaje decía así:

ACUERDO SATISFACTORIO SE REUNIRA UN TREN OCHO
MIERCOLES NO OLVIDE REGISTRO Y CARTAS E IMPRESIONES
MANTENER DESTINO TRANQUILO ESPERAR GRANDES
REVELACIONES

AKELEY

La recepción de este mensaje en respuesta directa a uno enviado a Akeley—y necesariamente entregado a su casa desde la estación de Townshend ya sea por un mensajero oficial o por un servicio de teléfono restaurado—eliminó cualquier duda subconsciente que pudiera haber tenido sobre la autoría de la desconcertante carta. Mi alivio fue marcado—de hecho, fue mayor de lo que pude explicar en ese momento; ya que todas esas dudas habían estado bastante profundamente enterradas. Pero dormí profundamente y largo esa noche, y estuve ansiosamente ocupado con los preparativos durante los dos días siguientes.

CAPÍTULO 6

El miércoles comencé como acordado, llevando conmigo una maleta llena de necesidades simples y datos científicos, incluyendo el horripilante disco de fonógrafo, las impresiones Kodak y todo el expediente de la correspondencia de Akeley. Como se solicitó, no le había dicho a nadie a dónde iba; ya que podía ver que el asunto requería la máxima privacidad, incluso permitiendo sus giros más

favorables. El pensamiento de un contacto mental real con entidades alienígenas y externas era suficientemente aturdidor para mi mente entrenada y algo preparada; y siendo así, ¿qué podría pensar uno sobre su efecto en las vastas masas de laicos desinformados? No sé si el temor o la expectación aventurera predominaban en mí mientras cambiaba de tren en Boston y comenzaba la larga carrera hacia el oeste, saliendo de regiones familiares hacia otras que conocía menos a fondo. Waltham—Concord—Ayer—Fitchburg—Gardner—Athol—

Mi tren llegó a Greenfield con siete minutos de retraso, pero el expreso de conexión hacia el norte había sido retenido. Trasbordando con prisa, sentí una curiosa falta de aliento mientras los vagones retumbaban a través de la luz del sol de la tarde hacia territorios que siempre había leído pero nunca antes visitado. Sabía que estaba entrando en una Nueva Inglaterra totalmente anticuada y más primitiva que las áreas costeras y del sur mecanizadas y urbanizadas donde había pasado toda mi vida; una Nueva Inglaterra ancestral e intacta sin los extranjeros y el humo de las fábricas, los carteles y las carreteras de concreto, de las secciones que la modernidad ha tocado. Habrá sobrevivientes extraños de esa vida nativa continua cuyas profundas raíces la convierten en el único brote auténtico del paisaje—la vida nativa continua que mantiene vivas extrañas memorias antiguas y fertiliza el suelo para creencias sombrías, maravillosas y rara vez mencionadas.

De vez en cuando veía el azul Río Connecticut brillando al sol, y después de dejar Northfield lo cruzamos. Delante se alzaban colinas verdes y crípticas, y cuando el conductor pasó, supe que finalmente estaba en Vermont. Me dijo que ajustara mi reloj una hora hacia atrás, ya que la región montañosa del norte no tendría trato con los nuevos esquemas de horario de verano. Al hacerlo, me pareció que también estaba retrocediendo el calendario un siglo.

El tren se mantuvo cerca del río, y al otro lado en New Hampshire pude ver la pendiente que se acercaba de Wantastiquet, empinada, sobre la cual se concentran antiguas leyendas singulares. Luego

aparecieron calles a mi izquierda, y una isla verde se mostró en el arroyo a mi derecha. La gente se levantó y se dirigió a la puerta, y los seguí. El vagón se detuvo, y descendí bajo el largo cobertizo de tren de la estación de Brattleboro.

Al observar la línea de motores esperando, dudé un momento para ver cuál podría ser el Ford de Akeley, pero mi identidad fue descifrada antes de que pudiera tomar la iniciativa. Y sin embargo, claramente no fue Akeley mismo quien se adelantó para recibirme con una mano extendida y una consulta suavemente formulada sobre si realmente era el Sr. Albert N. Wilmarth de Arkham. Este hombre no se parecía en nada al Akeley barbudo y encanecido de la instantánea; sino que era una persona más joven y más urbana, vestida a la moda y luciendo solo un pequeño bigote oscuro. Su voz cultivada tenía un extraño y casi perturbador indicio de familiaridad vaga, aunque no pude ubicarla definitivamente en mi memoria.

Mientras lo observaba, lo escuché explicar que era un amigo de mi futuro anfitrión que había bajado desde Townshend en su lugar. Akeley, declaró, había sufrido un ataque repentino de algún problema asmático y no se sentía capaz de hacer un viaje al aire libre. Sin embargo, no era grave, y no habría cambio en los planes respecto a mi visita. No podía discernir cuánto conocía este Sr. Noyes—como se presentó—sobre las investigaciones y descubrimientos de Akeley, aunque me parecía que su manera casual lo marcaba como un comparativo forastero. Recordando lo ermitaño que había sido Akeley, me sorprendió un poco la disponibilidad inmediata de tal amigo; pero no dejé que mi desconcierto me disuadiera de entrar en el motor al que me señaló. No era el pequeño coche antiguo que esperaba según las descripciones de Akeley, sino un gran y pulcro ejemplar de diseño reciente—aparentemente propio de Noyes, y con placas de Massachusetts con el divertido dispositivo del "bacalao sagrado" de ese año. Concluí que mi guía debía ser un transeúnte de verano en la región de Townshend.

Noyes se subió al coche junto a mí y lo arrancó de inmediato. Me alegré de que no abrumara con conversación, pues alguna peculiar tensión atmosférica me hacía sentir inclinado a no hablar. El pueblo parecía muy atractivo bajo la luz del sol de la tarde mientras subíamos una inclinación y girábamos a la derecha hacia la calle principal. Se dormía como las ciudades más antiguas de Nueva Inglaterra que uno recuerda de la niñez, y algo en la colocación de los techos, campanarios, chimeneas y paredes de ladrillo formaba contornos que tocaban profundas cuerdas de violín de emoción ancestral. Podía decir que estaba en la puerta de entrada a una región medio hechizada por la acumulación continua de tiempo ininterrumpido; una región donde cosas antiguas y extrañas han tenido la oportunidad de crecer y permanecer porque nunca han sido agitadas.

Al salir de Brattleboro, mi sentido de restricción y presentimiento aumentó, pues una cualidad vaga en el campo montañoso abarrotado con colinas verdes y de granito imponentes, amenazantes y presionantes insinuaba secretos oscuros y supervivencias inmemoriales que podrían o no ser hostiles para la humanidad. Por un tiempo, nuestro curso siguió un río amplio y superficial que fluía desde colinas desconocidas en el norte, y me estremecí cuando mi compañero me dijo que era el West River. En este arroyo, recordé por artículos de periódicos, uno de los seres carangüáceos mórbidos había sido visto flotando después de las inundaciones.

Gradualmente, el país a nuestro alrededor se volvió más salvaje y más desierto. Puentes cubiertos arcaicos persistían de manera temible del pasado en bolsillos de las colinas, y la vía ferroviaria medio abandonada que paralela al río parecía exhalar un aire nebulosamente visible de desolación. Había barridos impresionantes de valles vívidos donde se alzaban grandes acantilados, el granito virgen de Nueva Inglaterra mostrando gris y austero a través de la verdura que escalaba las crestas. Había gargantas donde corrientes indómitas saltaban, llevando hacia el río los secretos inimaginados de mil picos sin senderos. Ramificándose de vez en cuando, había

caminos estrechos y medio ocultos que perforaban masas sólidas y luxuriantes de bosque entre cuyos árboles primitivos podían acechar ejércitos enteros de espíritus elementales. Al ver esto, pensé en cómo Akeley había sido molestado por agencias invisibles en sus viajes por esta misma ruta, y no me sorprendió que cosas así pudieran ocurrir.

El pintoresco y encantador pueblo de Newfane, alcanzado en menos de una hora, fue nuestro último vínculo con ese mundo que el hombre puede definitivamente llamar suyo por virtud de la conquista y la ocupación completa. Después de eso, renunciamos a toda lealtad hacia cosas inmediatas, tangibles y tocadas por el tiempo, y entramos en un mundo fantástico de irrealidad silenciosa en el que la estrecha carretera en forma de cinta subía y bajaba y curvaba con un capricho casi consciente y propósito entre las cimas verdes sin inquilinos y los valles medio desiertos. Excepto por el sonido del motor y el leve movimiento de las pocas granjas solitarias que pasábamos a intervalos infrecuentes, lo único que llegaba a mis oídos era el burbujeo insidioso de aguas extrañas de innumerables fuentes ocultas en los bosques sombríos.

La cercanía e intimidad de las colinas encogidas y domadas se volvieron ahora verdaderamente impresionantes. Su inclinación y abruptidad eran aún mayores de lo que había imaginado por rumores, y no sugerían nada en común con el mundano mundo objetivo que conocemos. Los densos y no visitados bosques en esas pendientes inaccesibles parecían albergar cosas alienígenas e increíbles, y sentí que el mismo contorno de las colinas tenía algún significado extraño y olvidado por eones, como si fueran vastos jeroglíficos dejados por una supuesta raza de titanes cuyas glorias solo viven en raros y profundos sueños. Todas las leyendas del pasado, y todas las impresionantes imputaciones de las cartas y exhibiciones de Henry Akeley, surgieron en mi memoria para aumentar la atmósfera de tensión y creciente amenaza. El propósito de mi visita y las aterradoras anomalías que postulaba me golpearon de una vez con una sensación de frío que casi desequilibró mi ardor por las extrañas investigaciones.

Mi guía debió haber notado mi actitud perturbada; pues a medida que el camino se volvía más salvaje y más irregular, y nuestro movimiento más lento y más sacudido, sus comentarios ocasionales y agradables se expandieron en un flujo más constante de discurso. Hablaba de la belleza y rareza del país, y revelaba alguna familiaridad con los estudios de folclore de mi futuro anfitrión. A través de sus preguntas educadas, era obvio que sabía que había venido con un propósito científico y que traía datos de alguna importancia; pero no mostró señales de apreciar la profundidad y el horror del conocimiento que Akeley había alcanzado finalmente.

Su manera era tan alegre, normal y urbana que sus observaciones deberían haberme calmado y tranquilizado; pero, curiosamente, me sentí aún más perturbado mientras nos golpeábamos y desviábamos hacia la desconocida naturaleza salvaje de colinas y bosques. A veces parecía como si me estuviera incitando a ver qué sabía sobre los secretos monstruosos del lugar, y con cada nueva expresión, esa familiaridad vaga, juguetona y desconcertante en su voz aumentaba. No era una familiaridad ordinaria o saludable a pesar de la naturaleza completamente saludable y cultivada de la voz. De alguna manera, la vinculaba con pesadillas olvidadas, y sentí que podría volverme loco si la reconocía. Si hubiera existido alguna buena excusa, creo que habría retrocedido de mi visita. Como era, no podía hacerlo bien, y se me ocurrió que una conversación fría y científica con el propio Akeley después de mi llegada me ayudaría enormemente a recomponerme.

Además, había un extraño elemento calmante de belleza cósmica en el paisaje hipnótico a través del cual escalábamos y descendíamos de manera fantástica. El tiempo se había perdido en los laberintos detrás, y alrededor de nosotros solo se extendían las ondas florales de hadas y la recuperada hermosura de siglos desaparecidos—los bosques cenicientos, los pastos intactos bordeados de flores otoñales alegres, y a vastas distancias las pequeñas granjas marrones anidando entre árboles enormes bajo precipicios verticales de zarzas fragantes y hierba de pradera. Incluso la luz del sol asumió un glamour celestial, como si alguna

atmósfera o exhalación especial envolviera toda la región. No había visto nada parecido antes, salvo en las vistas mágicas que a veces forman los fondos de los primitivos italianos. Sodoma y Leonardo concibieron tales expansiones, pero solo en la distancia, y a través de las bóvedas de las arcadas renacentistas. Ahora estábamos perforando corporalmente el centro de la imagen, y parecía que encontraba en su necromancia algo que había conocido innatamente o heredado y por lo cual siempre había buscado en vano.

De repente, después de girar un ángulo obtuso en la cima de una subida pronunciada, el coche se detuvo. A mi izquierda, a través de un césped bien cuidado que se extendía hasta la carretera y exhibía un borde de piedras blanqueadas, se alzaba una casa blanca de dos pisos y medio de tamaño y elegancia inusuales para la región, con un conjunto de graneros, cobertizos y un molino de viento contiguos o conectados por arcadas detrás y a la derecha. La reconocí de inmediato por la instantánea que había recibido, y no me sorprendió ver el nombre de Henry Akeley en el buzón de hierro galvanizado cerca de la carretera. A cierta distancia detrás de la casa se extendía una porción nivelada de tierra pantanosa y escasamente arbolada, más allá de la cual se elevaba una empinada ladera densamente forestada que terminaba en una cresta espinosa y frondosa. Sabía que esta última era la cima de Dark Mountain, a mitad de camino de la cual ya debíamos haber escalado.

Al descender del coche y tomar mi maleta, Noyes me pidió que esperara mientras él entraba y notificaba a Akeley sobre mi llegada. Él mismo, añadió, tenía asuntos importantes en otro lugar y no podía detenerse por más de un momento. Mientras caminaba rápidamente por el sendero hacia la casa, yo salí del coche, deseando estirar un poco las piernas antes de instalarme para una conversación sedentaria. Mi sentimiento de nerviosismo y tensión había vuelto a su máximo nuevamente ahora que estaba en la escena real del asedio mórbido descrito tan inquietantemente en las cartas de Akeley, y honestamente temía las próximas discusiones que me vincularían con mundos tan alienígenas y prohibidos.

El contacto cercano con lo absolutamente bizarro a menudo es más aterrador que inspirador, y no me alegró pensar que esta misma parte de camino polvoriento era el lugar donde se habían encontrado esas huellas monstruosas y ese ichor verde fétido después de noches sin luna de miedo y muerte. Descuidadamente noté que ninguno de los perros de Akeley parecía estar por ahí. ¿Había vendido todos tan pronto como los Seres Exteriores hicieron la paz con él? Por mucho que intentara, no podía tener la misma confianza en la profundidad y sinceridad de esa paz que aparecía en la última y curiosamente diferente carta de Akeley. Después de todo, era un hombre de mucha simplicidad y con poca experiencia mundana. ¿No había, quizás, alguna corriente subterránea profunda y siniestra debajo de la superficie de la nueva alianza?

Guiado por mis pensamientos, mis ojos se dirigieron hacia abajo a la superficie polvorienta del camino que había guardado testimonios tan horripilantes. Los últimos días habían estado secos, y huellas de todo tipo ensuciaban la autopista surcada de surcos irregular a pesar de la naturaleza poco frecuentada del distrito. Con una curiosidad vaga, comencé a trazar el contorno de algunas de las impresiones heterogéneas, tratando mientras tanto de frenar los vuelos de fantasía macabra que el lugar y sus memorias sugerían. Había algo amenazante e incómodo en la quietud fúnebre, en el burbujeo sutil y amortiguado de arroyos distantes, y en las cimas verdes aglomeradas y los precipicios de bosque negro que ahogaban el estrecho horizonte.

Y entonces una imagen se disparó en mi conciencia que hizo que esas vagas amenazas y vuelos de fantasía parecieran suaves e insignificantes en realidad. He dicho que estaba escaneando las huellas misceláneas en el camino con una especie de curiosidad ociosa—pero de repente esa curiosidad fue apagada de manera chocante por una ráfaga repentina y paralizante de terror activo. Pues aunque las huellas de polvo estaban generalmente confundidas y superpuestas, y poco probables de arrestar cualquier mirada casual, mi visión inquieta había captado ciertos detalles cerca del lugar donde el camino a la casa se unía a la autopista; y había

reconocido sin duda ni esperanza la espantosa significación de esos detalles. No fue en vano, ay, que había pasado horas examinando las vistas Kodak de las huellas de garras de los Seres Exteriores que Akeley había enviado. Conocía demasiado bien las marcas de esos despreciables "nippers", y ese indicio de dirección ambigua que marcaba los horrores como criaturas de este planeta. No me quedaba ninguna posibilidad de un misericordioso error. Aquí, de hecho, en forma objetiva ante mis propios ojos, y seguramente hechas no hace muchas horas, estaban al menos tres marcas que destacaban blasfémicamente entre la sorprendente plétora de huellas borrosas que llevaban hacia y desde la granja de Akeley. Eran las huellas infernales de los hongos vivientes de Yuggoth.

Me recomponí a tiempo para sofocar un grito. Después de todo, ¿qué más podría haber esperado, suponiendo que realmente hubiera creído las cartas de Akeley? Hablaba de hacer la paz con las cosas. ¿Por qué, entonces, era extraño que algunos de ellos hubieran visitado su casa? Pero el terror era más fuerte que la tranquilidad. ¿Podría esperarse que algún hombre se mostrara impasible por primera vez ante las huellas de garras de seres animados de profundidades externas del espacio? Justo en ese momento vi a Noyes emerger de la puerta y acercarse con paso enérgico. Debo, reflexioné, mantener el control de mí mismo, pues las posibilidades eran que este amigo afable no sabía nada de las investigaciones más profundas y estupendas de Akeley en lo prohibido.

Akeley, Noyes se apresuró a informarme, estaba contento y listo para verme; aunque su repentino ataque de asma le impediría ser un anfitrión muy competente por uno o dos días. Estos ataques lo golpeaban duro cuando llegaban, y siempre venían acompañados de una fiebre debilitante y debilidad general. Nunca estuvo bien mientras duraban—tenía que hablar en un susurro, y era muy torpe y débil al moverse. Sus pies y tobillos también se hinchaban, por lo que tenía que vendarlos como a un viejo carnívoro con gota. Hoy estaba en bastante mal estado, de modo que tendría que atender en gran medida mis propias necesidades; pero no perdía el ánimo para la conversación. Lo encontraría en el estudio a la izquierda del

vestíbulo delantero—la habitación donde las persianas estaban cerradas. Tenía que mantener la luz del sol afuera cuando estaba enfermo, porque sus ojos eran muy sensibles.

Mientras Noyes me despedía y se alejaba hacia el norte en su coche, comencé a caminar lentamente hacia la casa. La puerta había quedado entreabierta para mí; pero antes de acercarme e ingresar, lancé una mirada buscadora alrededor de todo el lugar, tratando de decidir qué me había parecido tan intangible y extraño al respecto. Los graneros y cobertizos parecían lo suficientemente trimadamente prosaicos, y noté el Ford maltrecho de Akeley en su espacioso y sin protección refugio. Entonces, el secreto de la rareza me alcanzó. Era el silencio total. Ordinariamente, una granja al menos murmura moderadamente por sus diversos tipos de ganado, pero aquí faltaban todas las señales de vida. ¿Qué pasaba con las gallinas y los perros? Las vacas, de las que Akeley había dicho que poseía varias, podrían concebirse en pastoreo, y los perros posiblemente habrían sido vendidos; pero la ausencia de cualquier rastro de cacareo o gruñido era verdaderamente singular.

No me detuve mucho en el sendero, sino que entré resueltamente por la puerta abierta de la casa y la cerré detrás de mí. Me costó un esfuerzo psicológico distinto hacerlo, y ahora que estaba encerrado dentro, tuve un anhelo momentáneo de un retiro precipitado. No es que el lugar fuera en lo más mínimo siniestro en su sugerencia visual; al contrario, pensé que el elegante vestíbulo colonial tardío era muy de buen gusto y saludable, y admiré la evidente crianza del hombre que lo había amueblado. Lo que me hizo desear huir era algo muy atenuado e indefinible. Quizás era un cierto olor extraño que pensé haber notado—aunque bien sabía cuán comunes son los olores a humedad incluso en las mejores casas de campo antiguas.

CAPÍTULO 7

Negándome a dejar que estas dudas nebulosas me dominaran, recordé las instrucciones de Noyes y abrí la puerta blanca de seis paneles con cierre de latón a mi izquierda. La habitación más allá estaba oscurecida como ya conocía; y al entrar, noté que el olor extraño era más fuerte allí. Asimismo, parecía haber algún ritmo o vibración débil y medio imaginaria en el aire. Por un momento, las persianas cerradas me permitieron ver muy poco, pero luego un tipo de sonido de tos o susurro apenado atrajo mi atención hacia un gran sillón en la esquina más lejana y oscura de la habitación. Dentro de sus profundidades sombrías vi la borrosa silueta de un rostro y manos humanas; y en un momento, había cruzado para saludar a la figura que intentaba hablar. Aunque la luz era tenue, percibí que este era, de hecho, mi anfitrión. Había estudiado la fotografía Kodak repetidamente, y no podía haber error sobre este rostro firme y curtido con la barba recortada y encanecida.

Pero al mirar de nuevo, mi reconocimiento se mezcló con tristeza y ansiedad; pues ciertamente, su rostro era el de un hombre muy enfermo. Sentí que debía haber algo más que el asma detrás de esa expresión tensa, rígida e inmóvil y de la mirada vidriosa sin parpadear; y me di cuenta de lo terriblemente que el esfuerzo de sus experiencias horribles debía haberle afectado. ¿No era suficiente para quebrantar a cualquier ser humano, incluso a un hombre más joven que este intrépido explorador de lo prohibido? El extraño y repentino alivio, temía, había llegado demasiado tarde para salvarlo de algo parecido a un colapso general. Había un toque de lo patético en la forma flácida y sin vida en que sus manos delgadas descansaban en su regazo. Llevaba puesto un albornoz suelto y estaba envuelto alrededor de la cabeza y alto alrededor del cuello con una bufanda o capucha amarilla brillante.

Y entonces vi que intentaba hablar con el mismo susurro tosco con el que me había saludado. Fue un susurro difícil de captar al principio, ya que el bigote gris ocultaba todos los movimientos de los labios, y algo en su timbre me perturbó enormemente; pero concentrando mi atención, pronto pude entender su propósito sorprendentemente bien. El acento no era en absoluto rústico, y el lenguaje era aún más pulido de lo que la correspondencia me había hecho esperar.

—¿Sr. Wilmarth, supongo? Debe disculparme por no levantarme. Estoy bastante enfermo, como debe haberte contado el Sr. Noyes; pero no pude resistir que vinieras de todos modos. Sabes lo que escribí en mi última carta: hay tanto que contarte mañana cuando me sienta mejor. No puedo decir cuán contento estoy de verte en persona después de todas nuestras muchas cartas. ¿Tienes el expediente contigo, por supuesto? ¿Y las impresiones y discos Kodak? Noyes dejó tu maleta en el vestíbulo—supongo que lo viste. Para esta noche temo que tendrás que atenderte en gran medida a ti mismo. Tu habitación está arriba—la que está sobre esta—y verás la puerta del baño abierta al final de la escalera. Hay una comida preparada para ti en el comedor—justo a través de esta puerta a tu derecha—que puedes tomar cuando te apetezca. Mañana seré un mejor anfitrión—pero ahora la debilidad me deja indefenso.

—Haz como en casa—puedes sacar las cartas, las imágenes y los discos y ponerlos en la mesa aquí antes de subir con tu bolso. Es aquí donde los discutiremos—puedes ver mi fonógrafo en ese estante de esquina.

—No, gracias—no hay nada que puedas hacer por mí. Conozco bien estos episodios de antaño. Simplemente regresa para una visita tranquila antes de la noche, y luego ve a dormir cuando quieras. Yo descansaré aquí mismo—quizás dormiré aquí toda la noche como a menudo lo hago. Por la mañana estaré mucho mejor para entrar en las cosas que debemos tratar. Te das cuenta, por supuesto, de la naturaleza absolutamente estrepitosa del asunto que tenemos delante. Para nosotros, como para solo unos pocos hombres en esta

tierra, se abrirán abismos de tiempo y espacio y conocimiento más allá de todo lo que concibe la ciencia o la filosofía humanas.

—¿Sabes que Einstein está equivocado, y que ciertos objetos y fuerzas pueden moverse a una velocidad mayor que la de la luz? Con la ayuda adecuada, espero poder retroceder y avanzar en el tiempo, y realmente ver y sentir la tierra de épocas remotas del pasado y del futuro. No puedes imaginar el grado en que esos seres han avanzado la ciencia. No hay nada que no puedan hacer con la mente y el cuerpo de los organismos vivos. Espero visitar otros planetas, e incluso otras estrellas y galaxias. El primer viaje será a Yuggoth, el mundo más cercano completamente poblado por los seres. Es un extraño orbe oscuro en el borde mismo de nuestro sistema solar—todavía desconocido para los astrónomos terrestres. Pero debo haberte escrito sobre esto. En el momento adecuado, ya sabes, los seres allí dirigirán corrientes de pensamiento hacia nosotros y harán que se descubra—o tal vez permitirán que uno de sus aliados humanos dé una pista a los científicos.

—Hay ciudades poderosas en Yuggoth—grandes niveles de torres terrazas construidas de piedra negra como el ejemplar que intenté enviarte. Eso vino de Yuggoth. El sol brilla allí no más que una estrella, pero los seres no necesitan luz. Tienen otros sentidos más sutiles, y no ponen ventanas en sus grandes casas y templos. La luz incluso les hiere, obstaculiza y confunde, ya que no existe en absoluto en el cosmos negro fuera del tiempo y el espacio de donde originalmente provienen. Visitar Yuggoth volvería loco a cualquier hombre débil—sin embargo, yo voy allí. Los ríos negros de brea que fluyen bajo esos puentes ciclópeos misteriosos—cosas construidas por alguna raza de titanes antigua y extinta olvidada antes de que los seres vinieran a Yuggoth desde los vacíos últimos—deberían ser suficientes para hacer que cualquier hombre sea un Dante o un Poe si puede mantener la cordura el tiempo suficiente para contar lo que ha visto.

—Pero recuerda—ese mundo oscuro de jardines fungóides y ciudades sin ventanas ya no es realmente terrible. Solo para

nosotros lo parecería así. Probablemente este mundo les parecía igual de terrible a los seres cuando lo exploraron por primera vez en la era primitiva. Sabes que estuvieron aquí mucho antes de la fabulosa época de Cthulhu, y recuerda todo sobre R'lyeh hundida cuando estaba sobre las aguas. También han estado dentro de la tierra—hay aberturas de las que los seres humanos no saben nada—algunas de ellas en estas mismas colinas de Vermont—y grandes mundos de vida desconocida allí abajo; K'n-yan de luz azul, Yoth de luz roja, y N'kai negro y sin luz. Es de N'kai de donde vino el horripilante Tsathoggua—ya sabes, la criatura divina amorfa parecida a un sapo mencionada en los Manuscritos Pnakóticos y el Necronomicon y el ciclo mitológico Commorion preservado por el sumo sacerdote atlante Klarkash-Ton.

—Pero hablaremos de todo esto más tarde. Debe ser alrededor de las cuatro o cinco de la tarde para esta hora. Mejor trae las cosas de tu bolso, come un poco y luego regresa para una conversación cómoda.

Fue todo. Obedecí mecánicamente y apagué los tres interruptores, aunque aturdido por la duda de todo lo que había ocurrido. Mi cabeza aún retumbaba mientras escuchaba la voz susurrante de Akeley diciéndome que podía dejar todo el aparato en la mesa tal como estaba. No hizo ningún comentario sobre lo que había sucedido, y de hecho ningún comentario podría haber transmitido mucho a mis facultades sobrecargadas. Lo escuché decir que podía llevarme la lámpara para usar en mi habitación, y deduje que deseaba descansar solo en la oscuridad. Seguramente era hora de que descansara, pues su discurso de la tarde y la noche había sido tal que agotaba incluso a un hombre vigoroso. Aún confundido, me despedí de mi anfitrión y subí las escaleras con la lámpara, aunque tenía una excelente linterna de bolsillo conmigo.

Me alegré de salir de ese estudio abajo con el olor extraño y las sugerencias vagas de vibración, pero por supuesto no podía escapar de una horrible sensación de temor, peligro y anormalidad cósmica mientras pensaba en el lugar en el que estaba y las fuerzas que

estaba encontrando. La región salvaje y solitaria, la ladera negra y misteriosamente boscosamente empinada que se alzaba tan cerca detrás de la casa; la huella en el camino, el susurrador enfermo e inmóvil en la oscuridad, los cilindros y máquinas infernales, y sobre todo las invitaciones a cirugías extrañas y viajes más extraños—estas cosas, todas tan nuevas y en tan repentina sucesión, se abalanzaron sobre mí con una fuerza acumulativa que minaba mi voluntad y casi socavaba mi fuerza física.

Descubrir que mi guía Noyes era el celebrante humano en aquel ritual de Sabbat pasado monstruoso en el disco de fonógrafo fue un shock particular, aunque previamente había sentido una débil y repulsiva familiaridad en su voz. Otro shock especial vino de mi propia actitud hacia mi anfitrión cada vez que me detenía a analizarla; pues por mucho que me hubiera gustado instintivamente Akeley como se revelaba en su correspondencia, ahora encontraba que él me llenaba de una repulsión distinta. Su enfermedad debería haber despertado mi piedad; pero en cambio, me dio una especie de estremecimiento. ¡Era tan rígido e inmóvil y semejante a un cadáver—y ese susurro constante era tan odioso e inhumano!

Se me ocurrió que este susurro era diferente de cualquier otra cosa de su tipo que hubiera escuchado; que, a pesar de la extraña inmovilidad de los labios ocultos por el bigote, tenía una fuerza latente y un poder de conducción notable para el silbido de un asmático. Había podido entender al hablante cuando estaba completamente al otro lado de la habitación, y una o dos veces me había parecido que los sonidos débiles pero penetrantes representaban no tanto debilidad como represión deliberada—por qué motivo no pude adivinar. Desde el principio había sentido una cualidad perturbadora en su timbre. Ahora, al intentar ponderar el asunto, pensé que podría rastrear esta impresión a una especie de familiaridad subconsciente como la que había hecho que la voz de Noyes pareciera tan vagamente ominosa. Pero cuándo o dónde había encontrado la cosa a la que insinuaba, era más de lo que podía decir.

Una cosa era cierta: no pasaré otra noche aquí. Mi celo científico había desaparecido en medio del miedo y el odio, y no sentía nada ahora más que el deseo de escapar de esta red de morbilidad y revelación antinatural. Sabía lo suficiente ahora. Debe ser cierto que existen extraños vínculos cósmicos—pero tales cosas seguramente no están destinadas para que los seres humanos normales las manipulen.

Influencias blasfemas parecían rodearme y presionar asfixiante sobre mis sentidos. El sueño, decidí, estaría fuera de cuestión; así que simplemente extinguí la lámpara y me lancé a la cama completamente vestido. Sin duda era absurdo, pero me mantuve listo para alguna emergencia desconocida; sujetando en mi mano derecha el revólver que había traído conmigo, y sosteniendo la linterna de bolsillo en mi izquierda. No sonó nada desde abajo, y podía imaginar cómo mi anfitrión estaba sentado allí con rigidez cadavérica en la oscuridad.

En algún lugar escuché un reloj haciendo tic-tac, y me sentí vagamente agradecido por la normalidad del sonido. Sin embargo, me recordó otra cosa sobre la región que me perturbaba: la total ausencia de vida animal. Ciertamente no había bestias de granja alrededor, y ahora me di cuenta de que incluso los ruidos nocturnos habituales de seres vivos salvajes estaban ausentes. Excepto por el siniestro burbujeo de aguas distantes y no vistas, esa quietud era anómala—interplanetaria—y me preguntaba qué plaga intangible y nacida de las estrellas podría estar sobrevolando la región. Recordé de leyendas antiguas que los perros y otros animales siempre habían odiado a los Seres Exteriores, y pensé en lo que esas huellas en el camino podrían significar.

CAPÍTULO 8

No me preguntes cuánto duró mi inesperada caída en el sueño, ni cuánto de lo que siguió fue pura fantasía. Si te digo que desperté a cierta hora y que escuché y vi ciertas cosas, simplemente dirás que no me desperté entonces; y que todo fue un sueño hasta el momento en que salí corriendo de la casa, tropecé hasta el cobertizo donde había visto el viejo Ford, y tomé ese vehículo antiguo para una carrera loca y sin rumbo por las colinas encantadas que finalmente me llevaron—después de horas de sacudidas y giros a través de laberintos amenazados por bosques—hasta un pueblo que resultó ser Townshend.

También, por supuesto, descartarás todo lo demás en mi relato; y declararás que todas las fotos, sonidos del disco, sonidos de cilindros y máquinas, y evidencias afines fueron partes de una pura engaño practicado sobre mí por el desaparecido Henry Akeley. Incluso insinuarás que conspiró con otros excéntricos para llevar a cabo una broma tonta y elaborada—que hizo que el envío expreso fuera removido en Keene, y que hizo que Noyes fabricara ese aterrador disco de cera. Es curioso, sin embargo, que Noyes nunca haya sido identificado; que no era conocido en ninguno de los pueblos cercanos al lugar de Akeley, aunque debe haber estado frecuentemente en la región. Ojalá hubiera parado para memorizar el número de placa de su coche—o quizás, después de todo, es mejor que no lo hice. Porque yo, a pesar de todo lo que puedes decir, y a pesar de todo lo que a veces trato de decirme a mí mismo, sé que odiosas influencias externas deben estar al acecho allí en las colinas medio desconocidas—y que, esas influencias tienen espías y emisarios en el mundo de los hombres. Mantenerse lo más alejado posible de tales influencias y de tales emisarios es todo lo que pido de la vida en el futuro.

Cuando mi frenético relato envió a una patrulla del sheriff al granero, Akeley había desaparecido sin dejar rastro. Su albornoz suelto, bufanda amarilla y vendajes en los pies y tobillos yacían en el suelo del estudio cerca de su sillón de esquina, y no se pudo decidir si alguna de sus otras prendas había desaparecido con él. Los perros y el ganado realmente estaban ausentes, y había algunos agujeros curiosos de bala tanto en el exterior de la casa como en algunas de las paredes internas; pero más allá de esto, no se pudo detectar nada inusual. No había cilindros ni máquinas, ninguna de las evidencias que había traído en mi maleta, ningún olor extraño ni sensación de vibración, ninguna huella en el camino, y ninguna de las cosas problemáticas que vi al final.

Me quedé una semana en Brattleboro después de mi escape, haciendo investigaciones entre personas de todo tipo que habían conocido a Akeley; y los resultados me convencen de que el asunto no es una invención de sueño o ilusión. La extraña compra de perros, municiones y químicos de Akeley, y el corte de sus cables telefónicos, son hechos registrados; mientras que todos los que lo conocían—incluido su hijo en California—admiten que sus comentarios ocasionales sobre estudios extraños tenían cierta consistencia. Ciudadanos sólidos creen que estaba loco, y pronuncian sin dudar todas las evidencias reportadas como meras engaños ideados con astucia insana y quizás asistidos por asociados excéntricos; pero la gente del campo más humilde sostiene sus declaraciones en cada detalle. Mostró a algunos de estos campesinos sus fotografías y piedra negra, y les reprodujo el horripilante disco para ellos; y todos dijeron que las huellas y la voz zumbante eran como las descritas en leyendas ancestrales.

También dijeron que se habían notado vistas y sonidos sospechosos cada vez más alrededor de la casa de Akeley después de que encontró la piedra negra, y que el lugar ahora era evitado por todos excepto por el cartero y otras personas casuales y de mente fuerte. Dark Mountain y Round Hill eran ambos puntos notoriamente encantados, y no pude encontrar a nadie que hubiera explorado de cerca ninguno de ellos. Desapariciones ocasionales de

nativos a lo largo de la historia del distrito estaban bien documentadas, y ahora incluían al semi-vagabundo Walter Brown, a quien mencionaban las cartas de Akeley. Incluso me encontré con un agricultor que pensó haber vislumbrado personalmente a uno de los cuerpos extraños en tiempo de inundaciones en el West River hinchado, pero su relato estaba demasiado confuso para ser realmente valioso.

Cuando salí de Brattleboro, resolví nunca regresar a Vermont, y me siento bastante seguro de que mantendré mi resolución. Esas colinas salvajes son seguramente el puesto avanzado de una raza cósmica espantosa—como dudo aún menos desde que se ha descubierto curiosamente ese nuevo noveno planeta más allá de Neptuno, justo como esas influencias habían dicho que se vislumbraría. Los astrónomos, con una horrible apropiación que apenas sospechan, han nombrado a esta cosa "Plutón". Siento, sin duda alguna, que no es nada menos que Yuggoth nocturno—y tiemblo al tratar de comprender la verdadera razón por la cual sus monstruosos habitantes desean que se conozca de esta manera en este tiempo especial. ¡Me estremezco al intentar descifrar la verdadera razón por la cual sus habitantes monstruosos desean que se conozca de esta manera en este tiempo especial!

Como he insinuado, dejé que mi linterna regresara al sillón vacío después de su circuito por la habitación; luego, notando por primera vez la presencia de ciertos objetos en el asiento, ocultos por los pliegues adyacentes sueltos del albornoz vacío. Estos son los objetos, tres en número, que los investigadores no encontraron cuando vinieron más tarde. Como dije al principio, no había nada de horror visual real sobre ellos. El problema estaba en lo que llevaban a inferir. Incluso ahora tengo momentos de duda parcial—momentos en los que medio acepto el escepticismo de aquellos que atribuyen toda mi experiencia a sueños, nervios e ilusión.

Los tres eran construcciones malditamente ingeniosas de su tipo, y estaban equipados con sujetadores metálicos ingeniosos para fijarlos a desarrollos orgánicos de los cuales no me atrevo a formar

ninguna conjetura. Espero—devotamente espero—que fueran productos de cera de un artista maestro, a pesar de lo que mis miedos más profundos me dicen. ¡Gran Dios! ¡Ese susurrador en la oscuridad con su olor morboso y vibraciones! Brujo, emisario, changeling, forastero... ese horrible zumbido reprimido... y todo el tiempo en ese cilindro fresco y brillante en el estante... pobre diablo... "Habilidad quirúrgica, biológica, química y mecánica prodigiosa..."

Porque las cosas en el sillón, perfectas hasta el último detalle sutil de semejanza microscópica—o identidad—eran el rostro y las manos de Henry Wentworth Akeley.

1. [El que susurra en la oscuridad - H. P. Lovecraft](#)
2. [Capítulo 1](#)
3. [Capítulo 2](#)
4. [Capítulo 3](#)
5. [Capítulo 4](#)
6. [Capítulo 6](#)
7. [Capítulo 7](#)
8. [Capítulo 8](#)

HITOS

1. [Portada](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB